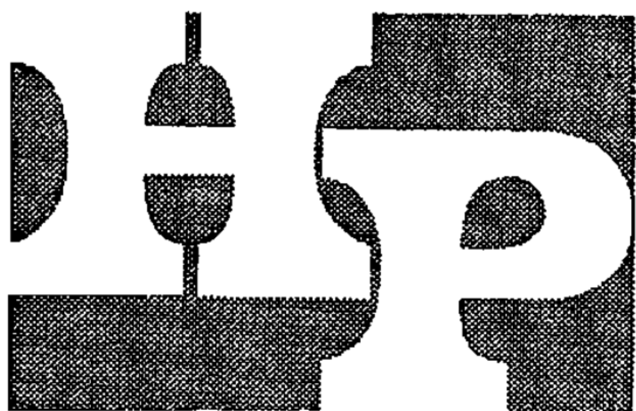


Keith Luger

LA CARAVANA FANTASMA





Héroes de la PRADERA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. — La historia de Bill el Melenas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.180. — Argos 3 no contesta.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
967.— El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:
729.— La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:
667. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:
581. — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:
572. — Soy un tipo duro.

En Colección CALIFORNIA:
752. — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:
731. — Eligió su tumba.

En Colección COLORADO:
610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
174. — Tres patas para un banco.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82, — La chica del rifle de oro.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
5. — Asesino Murray.



Keith Luger

LA CARAVANA FANTASMA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 176
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 12.399-1973
ISBN 84-02-02524-2

Impreso en España- Printed in Spain

2ª edición: mayo, 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Wooker, *sheriff* de Cavern City, abrió la puerta de la oficina y entró silbando. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de rostro avinagrado. Pero ahora se le veía radiante.

—¡Buenos días, querido Dan! —rió al ver a su ayudante repantigado en una silla.

Dan, el ayudante, pestañeó boquiabierto porque, en los diez años que llevaba a las órdenes del *sheriff* Wooker, jamás lo había visto reír.

—¿Le ocurre algo, jefe?

—¿Cómo?

—Me refiero a si se encuentra bien.

Wooker lanzó una carcajada y acabó de dar la sorpresa a su ayudante.

—Claro que me encuentro bien, muchacho. De maravilla, Dan.

—Demonios, nunca le vi tan sonriente.

El *sheriff* tomó asiento y guiñó un ojo.

—¿Ajá?

Dan sacudió la cabeza, perplejo.

De repente, chascó los dedos y exclamó:

—¡Canastos! ¡Ya está!

—¿Sí, Dan?

—¡Tiene que ser eso, jefe!

—A ver tus dotes de aprendiz de sabueso.

Dan lo apuntó con el dedo.

—¡Acertó con ese caballejo que corría la sexta de San Sebastián, el rodeo de Virginia City!

—No, Dan.

—¿Fallé?

—Nada de caballos.

—¿Alguna paga extraordinaria para autoridades locales? —

aventuró Dan.

—Fallaste.

Dan pegó una patada en el suelo.

—¡Diablos, jefe! ¡Suéltelo de una vez! ¡Tiene que ser algo bueno porque nunca se le ha visto así…!

—¿Cómo me ves, Dan? —El *sheriff* se puso de perfil—. Eh… no sé qué decirle… Si se refiere al aspecto, le diré que es imponente.

—Gracias, muchacho. Gracias.

—… Exceptuando esas arrugas de la cara, cualquier persona podría calcularle los cincuenta años.

Wooker saltó de la silla.

—¿Qué chamullas, condenado?

Dan tosió y se apresuró a rectificar.

—Vamos a dejarlo en cuarenta y ocho.

—¡Tengo cuarenta y uno, estúpido!

—De acuerdo, jefe. No hace falta que se ponga así. No quiero estropearle el día.

—Siempre hay quien se empeña en echarme a rodar el buen humor, infiernos.

En eso, el ayudante dio un brinco y gritó:

—¡Ya está, jefe! ¡Ya lo tengo!

—¿Sí? —Gruñó Wooker.

—¡Usted ha recibido el «sí» de la señora Kholer!

El rostro del *sheriff* se ensanchó de satisfacción. Incluso recuperó la sonrisa.

—Por fin diste en el clavo, mastuerzo.

Dan rió alargando el cuello.

—¡Mi madre, qué notición! ¡Se nos casa el *sheriff*!

—Quiero que se enteren por mi invitación. No por un heraldo de esta oficina. Conque deja de aullar en la ventana.

—Es que no pude contenerme, *sheriff*. ¡Usted casado con la viuda Kholer!

El *sheriff* suspiró hondamente.

—Sí, muchacho. Por fin Wiola comprendió que yo era el hombre que necesitaba.

—«A la tercera va la vencida», decía mi padre.

—¿Cómo?

Dan tosió.

—Quería decir que la señora Kholer enviudó dos veces, pero siempre hay un hombre para un corazón solitario.

El *sheriff* se quedó con una mueca en la cara.

—Me gustaría desentrañar el significado de lo que dices, pájaro.

—Vamos, jefe. Sólo hay buena intención.

—También yo enviudé dos veces.

—Luego están empatados. Tal para cual.

Wooker giró la cabeza con brusquedad.

—¿Qué farfullas, memo? Será mejor que cierres la boca o seguirás diciendo sandeces todo el día.

—Es la emoción, jefe —agregó Dan para arreglarlo—. Me emociona verlo junto a una mujer que respira esa belleza otoñal.

—Vaya con el sabihondo, esa frase sí que me ha gustado. Sí, señor. Cuando tienes un acierto, me veo obligado a reconocerlo. «Respira belleza otoñal». ¿Mmmm? No está mal.

—Recuérdelo para escupirlo en el bello oído de la amada, jefe. No le cobraré ni medio dólar.

—Ya te sales del tiesto —gruñó Wooker.

Dan se frotó las manos.

—¿Qué le parece si dejamos el tema y descorcha esa botella de clase que tenía guardada para la visita del inspector de Comisarías?

—Buena idea, caramba —sonrió Wooker.

Y se aproximó a un armario, que abrió con una llave que siempre llevaba encima.

Extrajo un par de vasos, descorchó el frasco y escanció.

El *sheriff* y su ayudante entrechocaron los vasos.

—¡Por este día tan feliz! —exclamó Dan.

Y el *sheriff* y él bebieron.

En aquel momento, se escuchó una voz cascada que canturreó la marcha nupcial de Mendelsshon.

El *sheriff* Wooker giró la cabeza con brusquedad y el licor se le atragantó.

Vio a un viejo que asomaba la cara por un hueco de la ventana.

—¿Quién diablos te autorizó meter las narices por las ventanas, Shelby?

El viejo llamado Shelby pestañeó y dijo en son de queja:

—¡Quería darle la enhorabuena, autoridad!

—Lo que ocurre es que has visto la botella de *whisky*.

—Eh, qué mal pensado es usted, *sheriff*… En castigo, no le voy a regalar nada.

—¡Largo!

El vejete asintió y retiró la cabeza del hueco de la ventana.

Por la puerta de entrada se destacó un hombrón de unos cuarenta años, bien trajeado, rostro simpático y ojos de fuego.

—Canastos, *sheriff* Wooker. No tiene usted buen humor que digamos.

Wooker se hizo ahora mieles al ver al hombrón.

—Señor Cameron, ¡cuánto placer…!

Cameron cerró la puerta tras sí.

—Me llegué acá cuando mi empleado me pasó la invitación. Vaya, ha sido rápido. Le felicito.

El *sheriff* tosió.

—La verdad es que ya tenía impresas esas tarjetas desde hace días. Estaba seguro de que Wiola y yo llegaríamos a un acuerdo.

—¡Ah, el amor! —rió Cameron.

El *sheriff* también coreó la risa del prohombre y ordenó con la mirada a Dan que también celebrara la salida del gran personaje.

Cameron emitió una tos de magnate.

—Le mandaré el reloj de pie que tanto le gusta, *sheriff*. Cuente con ese regalo.

—¡Gracias, señor Cameron!

Cameron sacudió la cabeza, divertido.

—Para que cuente sólo las horas felices —agregó, porque recordaba las palabras de un folletón que se editaba con el título de Juegos amorosos.

—¿Un trago, señor Cameron? —invitó Wooker.

—Nunca bebo antes de las comidas, *sheriff*. Pero lo haremos juntos en un momento dado. Hay que celebrar muchas cosas.

—Sí, señor Cameron. A propósito, ¿cómo va el bosque de abetos?

Cameron arrugó las facciones lleno de complacencia.

—Tengo un montón de hombres listos para aserrar los árboles. Va a ser el negocio del año.

—Ya tuvo usted suerte en llevarse el contrato para el abastecimiento de Maderas Forston.

—Reconozca que mis abetos son los mejores de la comarca.

—Eso sí, señor Cameron.

—Bien, *sheriff*; le dejo con la celebración de tan gran noticia. Le repetiré el día de la boda que sea muy feliz. ¿Para cuándo?

—Dentro de un par de días.

Cameron silbó.

—¡Ah, el amor!

Y tras agregar un guiño se retiró por el vano de la puerta.

—Qué gran tipo, ¿eh, Dan? —sonrió el *sheriff*.

—Nació con una cruz en el paladar.

—¿Eh?

—No le bastaba con enriquecerse con las reses. También tenía que tener la lana de colocar ese viejo bosque de abetos a un precio sensacional.

—No hables con ese tono de chismorreo, Dan. Recuerda que Cameron es un gran hombre. Un Caballero de lo más respetable.

—Que le regalará un reloj que vale una fortuna.

—Basta, demonios. ¡Qué mala es la envidia! Ahora te quedarás sin probar un segundo trago, en castigo.

Dan encogió los hombros.

El *sheriff* Wooker posó la mirada en el retrato de sobremesa que acababa de sacar tras el anuncio oficial de la boda. Representaba a una mujer de indudable belleza. Una de esas bellezas que se resisten heroicamente a pasar la aguda esquina de los cuarenta años.

Ello puso de buen humor a Wooker, quien silbó alegremente y cazó el bocadillo de carne asada que se hacía servir de almuerzo para mantenerse en línea.

Pegó una dentellada al bocadillo y lo aprobó con un gruñido. La carne estaba tierna, poco asada y con ajos de México.

Alguien empujó la puerta de la oficina poco a poco y dejó caer algo dentro.

Era un objeto pesado, de unos ochenta kilos, inerte como un fardo.

Era un cadáver.

Las mandíbulas del *sheriff* se detuvieron como encajadas.

De repente escupió el bocado de pan y carne.

—¡Condenación!

En la oficina entró un joven de unos veintiocho años, moreno, alto, de fuerte aspecto y rostro simpático, que sonreía con unos

dientes muy blancos.

Se sacudió las manos como para eliminar posible polvo del cadáver que había tocado y, a continuación, se enjugó el sudor con un pañuelo.

—Muchas felicidades, *sheriff*. Aquí tiene el regalo.

CAPÍTULO II

El *sheriff* Wooker meneó muy aprisa las mandíbulas, pero no tenía nada en la boca. Lo que hacía era ayudarse para sacarse el rugido que lo atragantaba.

—¡Maldición! —rugió—. ¿Qué significa esto, O'Rourke?

El joven llamado O'Rourke no perdió la sonrisa. Entró y saltó por encima del muerto.

—Significan veinticinco dólares que dan por la cabeza de este malhechor, *sheriff*.

—Su regalo, ¿eh? —gritó con furioso sarcasmo el *sheriff*.

—Quién da lo que tiene… Esto es más propio de un gun-man.

—¡O'Rourke!

—¿Sí, *sheriff*?

Wooker cerró los ojos.

—¡Desaparezca de mi vista! ¡Lárguese antes de que me dé algo! ¡Y no se olvide de sacar su muerto!

—El suyo, *sheriff*. Y dispense si le corrijo.

—Condenado me vea. ¡Tenía que ocurrirme algo así en un día tan señalado!

—Eh, veo que se lo toma muy mal, autoridad.

—¡Se ha cargado a Chino Torrence! ¡Es él!

—¿Lo lamenta, *sheriff*? —Pestañeó O'Rourke—. Leí en un pasquín que las autoridades lo tenían muy reclamado, incluso iban a subir el precio por su cabeza. Lástima que su boda esté tan próxima. Si dejamos madurar a este tipo unos cuantos días,

nos habría valido los cien machacantes largos.

—¡O'Rourke, por todos los infiernos! ¡No me venga con sus humoradas de mal gusto! ¡Le prohibí que permaneciera más tiempo en la ciudad! ¿Por qué no se fue? ¡Dígame por qué!

El joven O'Rourke emitió una seca tosecilla.

—Existió un motivo, *sheriff*.

—Me río de sus «motivos».

Dan, el ayudante, carraspeó para intervenir.

—Eh, jefe. No es cosa de reírse. O'Rourke se está refiriendo a Lola Champion. Ya me dirá si es de risa.

El joven O'Rourke miró ceñudo al ayudante.

—Oye, muchacho. Tendré que darte un pescozón por chismoso.

—Estos ojitos que se comerá la tierra lo vieron colarse anoche en el apartamento de Lola, O'Rourke. Conque no se haga el loco.

O'Rourke chascó la lengua. Miró al boquiabierto Wooker.

—*Sheriff*, Lola me habló de un tipo que la miraba con muy malos ojos. Cuando me señaló quién era el fulano, casi estuve a punto de pegar un salto. Se trataba nada menos que de Chino Torrence, aquí difunto. Por lo visto, el tipo quería pegar un susto a la bella bailarina. Conque me ofrecí para protegerla sentado en una silla, a la puerta de su apartamento.

—Ya —gruñó el *sheriff*—. Y esta madrugada usted sintió frío en el corredor y optó por colarse en el apartamento.

—La temperatura bajó a primeras horas de la noche —carraspeó O'Rourke, y se miró las puntas de las botas.

Dan, el ayudante, hizo una mueca y señaló a

O’Rourke con el pulgar.

—¿Qué le parece, jefe? Usted no tuvo tanta suerte cuando se dedicó a Lola. Me refiero al tiempo en que usted y la señora Kholer no tenían todavía amores.

—¡No mezcles el nombre de Wiola con el de Lola Champion! ¡Es una vampiresa!

—Dijo ella que usted la llamaba «ángel» antes de enamorarse de la señora Kholer… ¿Ahora la llama vampiresa?

El *sheriff* enrojeció.

—¡Condenado sean todos! ¿Quieren sacarme de mis casillas?

O’Rourke mostró sus dientes blancos.

—Nada de eso, *sheriff*. Todos le deseamos las mayores felicidades. Por eso, cada cual aportará su regalito.

El *sheriff* engulló un gemido.

—Maldito sea, O’Rourke. Usted me trae este «presente».

—Se lo hubiese traído vivo, autoridad —suspiró O’Rourke —. Pero intentó colocarme una bala en el cráneo por el ojo de la cerradura. Y tuve que adelantarme y despacharlo.

El *sheriff* boqueó, afónico.

—¡O’Rourke! —exclamó al fin.

—¿Qué, autoridad?

Wooker apuntó a la puerta y cerró los ojos mientras aullaba:

—¡Váyase de la ciudad y que jamás le vea!

O’Rourke fue a replicar, pero finalmente sacudió la cabeza simulando pena.

—De acuerdo, autoridad. Pensaba asistir al banquete de su boda. Pero, de todos modos, lo celebraré por mi cuenta en Dallas.

—¡No olvide echarse veneno en la copa, O’Rourke! —masculló el *sheriff* a modo de despedida.

O’Rourke
chascó la lengua como lastimado interiormente y sacó una tarjeta del bolsillo.

La dobló por la mitad y la colocó en la oreja del cadáver, por si el *sheriff* pensaba incluirlo en su exhibición de regalos de boda.

Luego, abandonó la oficina.

En eso, Wooker pegó un gruñido.

—¿Por qué no te has llevado ya ese muerto, Dan? ¡Sácalo de mi vista y que Sam el Cajero le preste un servicio fúnebre de acuerdo con lo que encuentren en sus bolsillos!

—Sí, jefe. Ya me lo llevo.

Dan atrapó el cadáver por las piernas y lo sacó de la oficina.

Se cruzó con el vejete llamado Shelby que entraba portando algo en un saco.

—¿Está ya de mejor humor, *sheriff*? —sonrió el viejo.

—¡No!

Shelby pestañeó y dejó luego los ojillos muy abiertos.

—Canastos, no parece un hombre muy feliz.

—Lárgate, Shelby. Te dije que no quería verte por la oficina.

—Eh, no vengo a beberme su *whisky*. Conque no se aflija.

—¿Qué diablos quieres?

El abuelo Shelby se aclaró los bronquios.

—Vengo a traerle una cosa, *sheriff*.

Wooker entornó un ojo.

—¿Sí?

—Algo que le interesará mucho.

Wooker respiró con fuerza.

—Oye, Shelby, no estoy para chifladuras. Un tipo acaba de traerme un regalo. ¿Sabes lo que era?

—¿No lo voy a saber, *sheriff*? Es «eso» que sacaba Dan por las patas.

—«Eso» me traía ese caradura de
O’Rourke.

—Lo mío no es un regalo, *sheriff*. Pero cuente con un búcaro pintado a mano para cuando se case.

—Anda, escupe lo que llevas entre manos. —Wooker se dejó caer en el sillón giratorio, y al quedar muy a la mano el bocadillo de ternera, lo atrapó de nuevo y le dio una dentellada, sin

entusiasmo.

Shelby puso el saco sobre la mesa.

—¿Está seguro de que no nos oye nadie, *sheriff*?

Wooker juntó las cejas.

—¿A qué viene tanto misterio?

El vejete se humedeció los labios.

—Acabo de encontrar algo sensacional.

Los ojos del *sheriff* se abrieron más de lo normal.

—¿Qué es lo que encontraste? ¿Dónde lo encontraste? ¿De qué hablas?

—Por favor, *sheriff* Wooker. Una pregunta por vez.

—Empieza.

—Lo encontré hurgando en la tierra de la colina.

Wooker abrió los ojos de par en par.

—¡Oro!

—No, *sheriff*. Nada de oro.

—¡Entonces… petróleo! ¡Tú tenías que dar con algo bueno después de tantos años de buscador de tesoros!

Shelby suspiró.

—Un poco lanudo, sí soy, *sheriff*. Pero esta vez no fue petróleo, ni oro, ni…

—¡Ya sé qué es! —exclamó el *sheriff* y se puso en pie, visiblemente excitado.

—¿A ver, *sheriff*?

—¡Cobre! Estoy seguro de que se trata de cobre.

—¿Cobre?

—¡El viejo Jeremías decía en sus tiempos que esa colina contenía cobre! ¡Dios Santo! ¡Sólo faltaba un hallazgo de esa clase aquí en Cavern City para enriquecer a nuestra ciudad! ¡Primero los abetos del señor Cameron! ¡Y ahora resulta que, abajo de la colina, hay cobre!

Estrechó la mano de Shelby efusivamente.

—Oiga, *sheriff*…

—¡Primero brindaremos con mi *whisky*! ¡Tenemos que brindar por el hallazgo!

—Canastos, no está mal. Pero debo decirle que lo que he encontrado…

—¡Ja! —Hizo Wooker y atrapó velozmente la botella y escanció

un par de vasos—. ¡Por la mina de cobre!

El vejete Shelby se engulló muy aprisa el *whisky* y puso los ojos en blanco al notarlo de la mejor calidad.

—No es cobre lo que hallé, *sheriff*.

Wooker rió devolviendo la botella al anaquel.

Pegó un mordisco al bocadillo y se volvió. Ahora estaba serio.

Shelby emitió un carraspeo.

—¿Se rinde, *sheriff*?

Wooker apretó rabiosamente el bocadillo.

—¡Condenación! ¡Suéltalo de una vez!

Shelby asintió con varias cabezadas.

Miró a ambos lados, por si alguien les vigilaba y de pronto hizo brotar algo de dentro del saco.

Como era algo esférico, rodó hasta la carpeta del *sheriff*.

Los ojos de Wooker se agrandaron al doble. Luego, al triple.

Lo que tenía sobre la carpeta era un cráneo.

Un cráneo humano.

Wooker achicó de pronto los ojos para que no se le escaparan de las cuencas, pues le rodaban sueltos como dos boliches.

El bocado de carne le cayó a plomo desde la boca.

Primero, Wooker se puso blanco, a continuación, rojo e, inopinadamente, verde botella.

—¡Almas del infierno! —aulló.

Shelby retrocedió como empujado por la onda expansiva del aullido.

—¿Qué le pasa, *sheriff*? —inquirió alarmado.

—¡No, infiernos, no…!

—¿Quiere que llame al doctor Morgan, *sheriff*? Se le ve francamente mal…

—¡Sácame esto de la mesa, Shelby! ¡Sácamelo o juro que hago una barbaridad!

Shelby escamoteó el cráneo del saco en un auténtico pase de malabarista.

—No sabía que se lo iba a tomar tan mal, *sheriff*.

Wooker se dejó caer sin fuerzas en el sillón giratorio. Se apretó el puente de la nariz.

—¿Dónde lo encontraste, Shelby? —preguntó, exhausto.

—Ya le dije que al pie de uno de los abetos del señor Cameron.

—No es posible.

—Claro que es posible, *sheriff* Wooker. Andaba yo hurgando por aquí y por allá para buscar setas cuando lo hallé.

—Y yo que creí que al fin habías tenido éxito en tus búsquedas de tesoros y demás chifladuras…

—También me llevé yo el mico, *sheriff* —suspiró el vejete—. Al tocar «esto» con el pico, sonó a hueco y me creí que sería algún cofre lleno de oro. O un puchero atestado de monedas de áureo metal. Pero mire lo que encontré.

—Ya… Ya lo he visto.

—Por lo reciente que parece esta calavera, le calculo seis meses de antigüedad. O sea, que deduzco un crimen, *sheriff*. Sí. Alguien se cargó a un tipo y lo metió al pie del abeto.

—Investigaré sobre eso, Shelby. Pero esperaba otra clase de alegría.

—Lo puede arreglar con otro vaso de *whisky*, *sheriff*. Un trago suele llenarlo a uno de tranquilidad, inspiración…

—¡Vete al infierno, Shelby! ¡Quiero estar solo! ¡No quiero ver a nadie!

Shelby asintió con vehementes cabezadas.

—¡Ajá!, *sheriff*. Ya me voy.

El *sheriff* lo despidió con un gruñido hosco a causa del mal humor.

Y cuando Shelby desapareció, el *sheriff* lanzó una amarga maldición y retrocedió en el sillón. Quedó paralizado.

El viejo le había puesto el cráneo en la mesa, como un pisapapeles sobre un rimero de hojas.

CAPÍTULO III

Max O’Rourke entró en el apartamento de Lola Champion y la hermosa rubia se echó en sus brazos.

—¡Oh, Max! ¡Gracias al cielo que regresaste!

—Calma, nena.

—¡Estoy muy asustada, Max!

Él le dio unas palmaditas en el lomo y luego le pasó la mano por los claros cabellos.

—Ese forajido ya está en camino de la funeraria. Se lo entregué al *sheriff*.

Lola tragó saliva y se dejó caer en el sofá.

—Nunca pasé peor trago, Max.

—Ya pasó. Tú lo has dicho.

—No me dejes sola, Max. Todavía me parece oír a ese sujeto gritar a través de la puerta. Y tampoco podré borrar fácilmente de la memoria cuando atravesó la puerta con las balas.

—Sería bueno que bebieras un trago, pequeña.

La rubia Lola se le arrimó en demanda de protección.

—Tú eres lo que yo necesito.

Max la rodeó con el brazo. Emitió un carraspeo.

—Tengo que ponerme a trabajar, muñeca.

—¿Trabajar? Yo te daré trabajo.

Max se deslizó un poco por el sofá porque Lola se pegaba y el día empezaba a ser caluroso.

—Oye, linda, estoy al borde de la quiebra. Conque debo conseguir algo de plata.

—Siempre el cochino dinero —se enfurruñó la rubia Lola—. ¿Qué tienes en perspectiva, Max?

—Te lo dije anoche. Quiero localizar a un tipo llamado Stanley

Fargget.

—¿El de los mil dólares, Max?

—Sí, pequeña. El tipo me sacó mil dólares para un negocio de pieles. Todavía no me los ha devuelto. Desde hace un montón de meses. Conque quiero que me especifique si el negocio de pieles era de ésos para revender, o es que le ha comprado un abrigo de marta a su chica.

—Entiendo.

—¿Ves por qué tengo que encontrar a ese tipo aunque haya de recorrer medio mundo?

—¿No tienes idea de dónde pueda estar, Max?

Él se pellizcó el mentón. Lo hacía siempre que tenía que pensar profundamente, como si en la barbilla tuviera un nervio que le aflorara las ideas.

—La última noticia que tengo es que lo vieron formando parte de una caravana.

—Te oí hablar de una caravana, Max. Pero creo que fue cuando teníamos una botella de champaña en el cuerpo. Por eso no presté demasiada atención.

—Tengo un plano esquemático del recorrido de la caravana.

—¿Sí?

—La media docena de carromatos que la componían siguió justo esa ruta.

—Entonces debió verla Zinker, el herrero. Zinker tiene su negocio al lado del camino.

—Eso es lo curioso. Pregunté al tal Zinker, y dice que de carretas en caravana, nada de nada.

—Es muy extraño, Max. —Lola también se puso pensativa, jugueteando con la oreja de él.

—Lo extraño es que nadie la haya visto por estos andurriales. Sin embargo, en Groot City, el pueblo vecino, existen varios tipos que vieron pasar los carromatos de lejos.

—¿Por qué no le preguntas al *sheriff*?

—Es lo que iba a hacer. Pero lo vi tan enfadado por el cadáver que le puse junto al escritorio que quiero que se calme antes de interrogarlo.

—Háblale de su futura mujer y lo verás convertirse en melaza pura.

—No es mala idea —dijo Max.

Y se puso en pie.

Lola entreabrió los rojos labios.

—¡Oh, te vas ya…!

—Te dije que tengo que ponerme a trabajar.

—Primero deja que te prepare para la larga labor.

Max sacudió la cabeza.

—No, nena.

Ella hizo un mohín.

—Podíamos beber algo…

—Quiero estar en forma, guapa.

—Todos los hombres sois iguales. Primero es vuestro trabajo, y las damas a mirar al techo y a morirnos de hastío.

—Volveré —sonrió Max. Y le dio una palmadita.

Abrió la puerta y salió del apartamento.

Lola apretó los labios y pegó una rabiosa patada al brazo del sofá.

En eso se escucharon unos golpes en la puerta y Lola se soltó el pelo, por si Max había recapacitado y regresaba.

Pero al autorizar la entrada, Lola dejó de sonreír y torció los labios en una mueca.

Por el hueco que dejaba la puerta entró un sujeto de rostro taciturno, ojos hundidos y pómulos salientes.

Lola fulminó con los ojos verdes al tipo.

—¿Qué clase de inútil eres, Harold?

El taciturno Harold acababa de sacar la cabeza para observar el corredor y la introdujo de nuevo en el apartamento.

—Debiste retenerlo más tiempo, estúpida.

—¿Yo, estúpida? —dijo Lola entre dientes—. ¡Tú debiste cargártelo ahora!

—Baja la voz, mema.

Lola levantó las zarpas.

—¡Vuelve a decirme eso y te saco los ojos!

Harold la agarró por una de las muñecas y le dio un revés.

—¡A callar, perra!

Lola emitió un grito y le tiró una patada al bajo vientre.

Pero el taciturno Harold tenía reflejos y esquivó, soltando al mismo tiempo una bofetada que sonó de veras.

Lola cayó sentada en el sofá y sus ojos se llenaron de lágrimas de dolor y rabia.

—Eres un puerco inútil. ¡Tú y ese piojoso de Chino Torrence! ¡Miren que ponerse a disparar a través de la puerta!

—Tenías que haber colocado al muchacho junto al tablero. Ésa era la consigna. Así lo habríamos acribillado.

—Mi obligación era retenerlo en esta habitación y, en un momento dado, Chino le hubiera dado el plomo.

—Bueno, las cosas no le salieron bien a Chino.

—Y tú, ¿qué? ¿Qué diablos hacías en el corredor ahora? Era una buena oportunidad para sacudirle un balazo al chico.

—Es de los que tienen un ojo en el cogote. ¿Qué me dirás si te digo que me vio?

—¿Te vio?

—Se dio cuenta de que le observaba a través del espejo que hay en el corredor.

—¡Vaya contrariedad! Si tú y Chino hubieseis sido eficientes, Max estaría muerto desde hace rato.

Harold hizo una mueca que equivalía a una sonrisa.

—Parece que lo odias, preciosa.

Ella alzó la barbilla.

—Todo lo contrario. Es el hombre más estupendo que he conocido en mi vida. Pero necesito esos quinientos dólares.

—Ya tienes cobrados doscientos.

—Pero quiero el resto. Y aprisa.

—Tendrás que calmarte, Lola.

—¿Crees que me puedo calmar si Max cree en mí? Es superior a mis fuerzas. Cada vez que ha pisado este apartamento me da la sensación de que llevo a un corderito al matadero.

—Es una condenada comparación, rubia.

—No tengo más cinismo para prolongar una situación así.

—Podrías enamorarte de la víctima, ¿eh?

Lola lo miró con fijeza.

—Sí. Y creo que ya me estoy ablandando más de lo necesario. Si no lo despachas pronto, creo que le abriré mi pecho.

—Y te ganarías una bala en el escote. —Harold la miró con los ojos sin brillo—. Conque evita ser tan maternal.

Lola agitó el busto.

—No sé quién me mandó meterme en este sucio asunto. Me gustaría saber quién hay detrás de todo esto.

Harold chascó la lengua.

—Atiende, encanto. Ni yo mismo sé quién nos paga para despachar al muchacho. Recibí un anónimo con parte del dinero. Se necesitaba a un pistolero y a una chica. Yo os busqué a ti y a Chino Torrence y montamos la trampa. Bueno, ahora Chino ya está frío. Y tengo que arreglar el asunto. Conque me aseguraré, no sea cosa que Max O'Rourke me pegue el susto como se lo pegó a Chino y tú y yo nos quedemos sin la plata. Ah, se me olvidaba decirte que acabo de recibir otro anónimo. Lo encontré en el buzón del hotel. El nuevo anónimo nos llama imbéciles por fallar. Pero en la posdata nos promete doscientos dólares más si enmendamos la plana.

—Setecientos dólares para mí —pestañeó Lola.

—Ya te estás desenamorando, ¿eh? —sonrió Harold.

—Me resulta difícil meterlo en la boca del lobo, a pesar de todo.

Harold se aproximó a Lola.

—Eh, nena; yo también tendré setecientos en el bote.

—¿Y qué?

Harold la miró de arriba abajo.

—Con todo ese capital, tú y yo podríamos llegar muy lejos.

—No me asocio con tipos que me repelen.

Harold se le arrimó bastante.

—Tú y yo formaremos una sociedad a partes iguales.

—Quítame las zarpas de encima.

—No seas esquiva, rubia.

Lola se echó atrás y lo fulminó con sus grandes ojos.

—Me das asco.

—También da asco el aceite de ricino y es muy bueno para el cuerpo. Anda, no me huyas.

Lola atrapó la botella de *whisky*.

No iba a servirse un vaso porque la agarró en forma de porra.

—Si te acercas más, te crecerá un chichón así.

Harold se detuvo y descorrió los labios enseñando dos hileras de huesos amarillos que podían ser dientes.

—De acuerdo, encanto. Lo dejaremos estar por ahora.

Se fue hacia la puerta y la abrió.

Miró a Lola con ojos brillantes y agregó por el sesgo de la boca:

—Sólo por ahora, Lola. Luego te prometo que llegarás a un acuerdo conmigo.

Y cerró a tiempo.

Lola arrojó la botella, que estalló en el tablero.

CAPÍTULO IV

El *sheriff* pegó una fuerte palmada en la mesa y graznó:

—¡Repito que quiero guirnaldas de flores y música de órgano!

El sacristán del pueblo vecino, un individuo alto, desgarbado, que para postre llevaba siempre clavado un sombrero de copa muy arrugado, gimió con voz aflautada:

—Pero, *sheriff*, insisto que con el coro de la escuela quedará muy bonito.

—Quiero órgano, Anthony.

—Tenemos órgano. Pero no habrá quien lo toque. Teníamos a tres personas que eran buenas para el caso. La señora Mortimer que sabe darle a las teclas, pero acaba de dar a luz. Jim el Tecla ha salido para tocar en un saloon de Puy City. Y Morgan, el funerario, se pilló la mano en la tapa de un ataúd y la tiene hecha cisco. ¿Se da cuenta de la imposibilidad material?

—¡Manden buscar a un organista, aunque sea en el Canadá, infiernos!

—No será fácil, *sheriff*. No será fácil…

—Yo me encargo del órgano, *sheriff* —dijo de pronto la voz de Max O'Rourke en la puerta.

—¿De veras? —saltó el *sheriff* del asiento.

El sacristán del pueblo vecino emitió una risita de alivio.

—¡Cirios humeantes! ¡Es cierto! El señor O'Rourke tocó un par de cosas cuando pasó por nuestra iglesia.

El *sheriff* se quedó boquiabierto y apuntó a Max como si se tratara de un fantasma.

—¿Quiere decir que este hombre dado al «Colt» sabe tocar el

órgano?

Max se acercó sonriendo.

—Nunca le mencioné que fui educado en la misión del padre Francisco. Allí empecé a manipular el órgano y no se me daba mal.

—No lo hace mal, no, señor —cacareó una risa el sacristán.

El *sheriff* sacudió la cabeza como para despejársela.

—Demonios,
O'Rourke.
Un día me dirá que sabe hacer encaje de bolillos y me lo creeré.

—Tengo que contarle mi vida, *sheriff*.

El *sheriff* miró al sacristán y emitió un gruñido.

—Todo arreglado.
O'Rourke
tocará el órgano.

—¡Buenos días, señores! —saludó el sacristán pegando sombrerazos, y se largó a la floristería.

De repente, el *sheriff* se quedó mirando a Max y gritó:

—¡Condenación! ¿Qué hace usted todavía en la ciudad? ¡Le dije que la abandonara!

—Se quedará sin música, *sheriff*.

—¡Preferiría que mi boda fuese amenizada a zambomba antes que tenerle un minuto más en Cavern City!

—¡Vamos, *sheriff*…!

—Acabo de enterarme que también le sacudió un par de mamporros a uno de los leñadores y por poco se arma una buena en el saloon.

—El tipo pellizcó feamente a Lola cuando nos retirábamos después que ella actuó.

—Usted es peor que un tifón,
O'Rourke.
Para postre, me sirvió un muerto caliente a la hora del almuerzo.

—Vamos, olvide esas cosas tan desagradables.

—Algo le pasa a mi estómago, infiernos. Algo que no tiene que ser bueno.

—Tal vez úlcera.

—
¡O'Rourke,

no le voy a tolerar…!

—¿Oyó algo acerca de una caravana que pasó por estos andurriales hace unos meses?

El *sheriff* Wooker se quedó con las fauces entreabiertas.

—¿Una caravana?

—De carretas. Se ve que eran tipos en plan de colonos.

El *sheriff* entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No. No me enteré de lo de las carretas. Que yo sepa, hace dos años pasó por aquí la última expedición de colonos para las tierras altas más al Norte. ¿Para qué se interesa en ese asunto?

Max dio un pequeño paseo por la oficina.

—Iba detrás de un socio que me sacó mil dólares. El tipo de marras se me hizo humo en Dallas.

—Me da risa pensar que alguien pueda sacarle mil dólares a usted,
O'Rourke.

—Aunque no lo crea, soy como las colas de langosta. Mucho duro por fuera y carne blanda por dentro.

—¡Agh!
O'Rourke
ladeó la cabeza.

—¿Puede darme alguna idea sobre el asunto de esa caravana? Se la vio en Groot City. Y resulta muy raro que nadie la viera en esta ciudad.

—Ya sabe que el camino de la ruta no pasa justo por el centro de esta ciudad.

—Pregunté a un par de tipos que tienen negocios por tu lado de la ruta y están limpios de información.

—¿Qué me dice de las desviaciones? Esa caravana pudo ir campo a traviesa al salir de Groot City.

—Tracé un esquema y verifiqué los posibles caminos. Todo está comprobado. No hay rastro de la caravana a partir de Groot City.

—¿Quiere decir que se esfumó al llegar a esta ciudad?

—Es como si se hubiera disuelto en el espacio.

—¿Cuántas carretas componían la expedición?

—Un informe de cierto guía que vio tomar el trabajo a su colega, asegura que eran seis carromatos.

—Seis carromatos.

—Lo cual significa que no menos de veinticinco personas viajaban en ellos.

El *sheriff* sacudió la cabeza.

—Nunca oí nada tan raro.

—Lo importante para mí es saber qué se hizo de Stanley Fargget, mi socio en un presunto negocio de pieles. Quiero dar con él y pedirle cuentas.

—Mil dólares son muchos dólares, O'Rourke. ¿No habrá simulado el tipo que se iba en la caravana para escurrírsele a usted?

—En Groot City encontré a un tipo que vio el paso de la caravana. Mencionó a un sujeto rubio, bien plantado, con mucho rostro que arrastraba el ala a dos chicas de la caravana. Bien, ése es mi socio. Se hace el amo allá donde va.

El *sheriff* Wooker se masajeó el mentón mientras depositaba una mirada canina en el rostro de Max.

—O'Rourke —dijo cansadamente—, si usted prometiera portarse bien unas horas, yo trataría de mandar mensajes telegráficos para la posible localización de la caravana. Incluso podría hacer alguna gestión personal en los alrededores.

—No me parece mala idea, *sheriff*. Estaré aún dos días. ¿O no le intereso como organista?

—Me interesa que no arme jaleo, O'Rourke. Eso me interesa.

—Le prometo hacer mis esfuerzos.

El *sheriff* iba a contestar agriamente, pero Max se tocó el ala del sombrero como despedida y salió de la oficina.

El *sheriff* quedó un rato pensativo.

Miró al techo y notó dentro del cerebro como una serie de burbujas que intentaban atraerse una a otra para formar un todo concreto. Sin embargo, las condenadas burbujas se resistían a identificarse y unirse. Era algo demasiado sutil. Pero sabía que cuando consiguieran unirse las bolitas, una idea luminosa iba a estallar en colores en su cerebro. Siempre le ocurría así en los casos

difíciles. No había dejado de pensar en la calavera que le había traído el condenado viejo Shelby. Y ahora otro asunto, el de la caravana, también empezaba a preocuparle. Lo malo era que no podía pensar adecuadamente porque cada vez que cerraba los ojos, en vez de ver los asuntos de su profesión, veía a la dulce Wiola Kholer «respirando belleza otoñal», tal como había dicho su ayudante muy acertadamente. Y al condenado no le faltaba razón, porque Wiola estaba en su plenitud, llena de pujanza…

Interrumpió las meditaciones al ver entrar a su ayudante Dan.

—Bueno, jefe, ya está Chino Torrence en el seno de la madre tierra. Por sólo catorce dólares. El funerario ha hecho lo que ha podido con esa cantidad, e incluso le ha grabado una lápida de madera a punta de cuchillo.

—Magnífico —gruñó el *sheriff*, y al ver un bulto detrás de Dan exclamó—: ¿Quién diablos anda ahí?

El vejete Shelby alargó el cuello, un tanto morado.

—Eh, *sheriff*. Es que quería saber si ya estaba más calmado.

Wooker hizo una mueca.

—¿Qué infiernos quieres ahora, Shelby? Sólo de verte me recuerdas cosas malas.

—Todo no tiene que ser malo, *sheriff* —pestañeó el vejete, y de repente mostró una cesta.

El *sheriff* notó que los ojos le pegaban un salto en dirección a la cesta.

—Shelby —dijo, notando de repente un extraño hormigueo—, ¿qué te cueces en la sesera?

El vejete rió forzadamente, lo cual llenó la oficina de un sonido como el canturreo de un cuervo en celo.

—Oh, sólo quería hacerle un obsequio.

—¿Un obsequio? ¡Maldita sea…! Ya no me estás gustando nada.

—¿Yo? —Pestañeó el viejo Shelby con una inocencia que resultaba inquietante—. Ya sabe que soy un buen tipo.

Depositó la cesta sobre la mesa, como al azar.

El *sheriff* notó que algo rodaba por dentro de ella.

Ya el labio superior del *sheriff* Wooker comenzó a subir hacia arriba dejando ver los dientes.

—¿Qué traes en esa cesta?

—¿Yujú? —Guiñó el vejete los ojos.

—¡Condenado…!
—¿A que no lo adivina, autoridad?
—No estoy para adivinanzas, maldita sea…
Shelby movió la cesta y su sólido contenido rodó.
«Rodaba», pensó el *sheriff* Wooker, y empezó a descomponerse otra vez.
—Eh, Dan, acércame la botella de *whisky*.
—Como las balas, jefe.
Shelby soltó la cesta y se frotó las manos.
—¡Vivan los novios!
—¡A callar, estúpido! —rugió Wooker—. Todavía no me he casado.
—Pero lo vamos a celebrar, ¿no?
—No.
Shelby recuperó la posición de firmes, e hizo un gesto como lastimado interiormente.
—Entonces no le daré lo que le traigo.
El *sheriff* se puso cárdeno.
—¡Almas del infierno! ¡Saca tu maldita cesta! ¡No quiero nada! ¡Lárgate de una vez, Shelby!
—Merecía que lo hiciese, ingrato sabueso.
El *sheriff* se había apoyado en el escritorio, incorporado a medias, pero se dejó caer fatigado.
—Sácalo —dijo.
Shelby hizo un guiño al ayudante y de pronto levantó la tapa de la cesta.
El *sheriff* cerró los ojos con fuerza porque no quería verlo.
Y escuchó que algo un tanto esférico rodaba por sobre la mesa, en dirección a la carpeta.
Abrió poco a poco los párpados y columbró una inquietante figura negruzca y redonda.
Apretó nuevamente los párpados y su boca se abrió para formular toda especie de maldiciones.
El vejete Shelby graznó:
—¿Por qué pone esa cara, *sheriff*? ¿Es que no le gusta?
El *sheriff* abrió los ojos de pronto y lo vio bien.
—¡Canastos! —exclamó boquiabierto.
Sobre la mesa reposaba lo que más le gustaba. Una sandía.

Era uno de esos melones mexicanos de cáscara oscura y pulpa rojiza, dulce como la miel.

El *sheriff* lanzó una nerviosa carcajada.

—¡Ya me la has pegado bien, granuja!

El vejete rió también a coro y extrajo un largo cuchillo, que hincó en el fruto cucurbitáceo.

Sacó un cono de sandía rezumante, colorado, con sus pepitas negras relucientes.

La boca del *sheriff* se llenó de agua.

—¿Qué has hecho, condenado? Quiero una buena tajada.

—Ahorita mismo se la sirvo, autoridad.

El viejo rajó la sandía de una parte a otra.

Puso el trozo en manos del *sheriff*, quien se lo llevó a las fauces produciendo sonidos sibilantes.

—Ya puedes servirte un trago de mi botella, pillastre —dijo.

No era necesaria la invitación porque ya el anciano Shelby habíase servido un vaso hasta los bordes.

Se lanzó al coleto el contenido del vaso y dio el grito comanche para celebrar la calidad del licor.

El *sheriff* se había cortado otro pedazo de sandía y lo pasaba de lo más lindo.

—¿De dónde la sacaste, granuja? Es gloria pura.

Shelby se pasó la manga por los hocicos para enjugarse el *whisky* y galopó hacia la puerta.

—La melonera creció justo al pie del abeto —carraspeó—. Del abeto de marras.

Los ojos del *sheriff* se salieron de las órbitas.

La tajada de sandía le cayó flojamente de la mano.

Y de repente lanzó el resto de la sandía con todas sus fuerzas para atrapar al anciano.

Pero la sandía trazó una curva y se estrelló en el polvo de la calle.

El *sheriff* no tuvo ocasión de ver que había fallado.

Ya corría hacia el patio interior en busca del lavabo.

Dan también corrió para hervir unas yerbas estomacales a su jefe.

Y como la oficina quedó sola unos instantes, el viejo Shelby retornó y se apropió del frasco de *whisky*.

Luego salió riendo cavernosamente.

CAPÍTULO V

El vejete Shelby todavía reía.

Pero habían pasado tres cuartos de hora desde que se llevó la botella de la oficina del *sheriff*. Y ahora estaba en el establo de Shelby.

—¿No fue un buen truco, Dan?

Dan, el ayudante de Wooker, se apartó la botella de los labios.

—El jefe se descompuso al mencionarle la procedencia de la sandía. Pero todavía se enfermaría más si supiera que tú y yo nos asociamos para limpiarle la botella y que lo de la sandía sólo fue una triquiñuela. Nos ha costado veinticinco centavos. Y a cambio, hemos conseguido una botella tasada en diez dólares.

—Estos *whiskies* son caros —ponderó el anciano, y acabó con el licor que había dejado el ayudante Dan.

—¿Celebran lo del *sheriff*? —inquirió una voz bien modulada.

Shelby y Dan respingaron a coro y se pusieron en pie.

—¡O'Rourke! —exclamó Dan.

Max O'Rourke frunció el entrecejo al ver a la pareja de socios tan alarmados.

—¿No es ésa la botella de Wooker?

Shelby encogió el cuello.

—¡Santo Dios! ¡No se le ocurra abrir la espita, señor O'Rourke! Nosotros estamos para lo que mande, señor O'Rourke.

—Sí, señor O'Rourke

—agregó Dan, temblando.

Max siguió ceñudo.

—Todos se empeñan en amargar la existencia de Wooker.

Shelby puso cara de pillastre.

—Y usted no es tampoco manco.

Max observó con curiosidad al anciano.

—Quiero preguntarle algo, Shelby.

—Suelte por esa boca, señor
O'Rourke.
Aquí estamos solo para servirle bien servido. ¿Vio su caballo? Mírelo qué lustroso se lo dejé.

—Cuídelo bien, Shelby. Lo que quiero preguntarle es si oyó mencionar a una caravana de seis carromatos que pasó por Groot City y debió verse por acá.

—Claro que la vi.

Max sintió que el corazón se le detenía.

—¿Sí?

—Ajá, claro que la vi, señor
O'Rourke.

—Siga.

Shelby lanzó un salivazo a la paja que cubría el establo.

—Usted se refiere sin duda a las seis carretas que acamparon al otro lado de la colina.

—¿De qué colina?

—De la que está poblada de abetos.

Max emitió un gruñido de meditación.

—Sí. Vi esos abetos.

Dan abrió la boca para intervenir.

—Ese bosque es del tipo más grande de Cavern City.

—¿Quién es el tipo, Dan? —inquirió Max.

—Lear Cameron. El hombre más afortunado de estos andurriales.

—¿Sí?

Dan cabeceó.

—Se ha cubierto de oro con la venta de ganado. Pero no sólo es eso.

—Seguro que, además, se casó con una millonaria.

Dan rió.

—Es un buen chiste, señor O'Rourke. Pero la suerte de Cameron no es por ahí, aunque nunca hay que descartar tal posibilidad.

—¿Qué le ocurrió de bueno?

—Es con referencia a ese bosque de abetos del que hablan.

—¿Sí?

—Lo tenía como adorno del paisaje. Eso decía. El bosque lo tiene en las tierras adjudicadas por el gobernador, un tipo que, en ciertas épocas, cedía acres de tierra para que los colonos se animaran a poblar estos andurriales. Ya pasó mucho tiempo de ello. Y ahora Cameron no sacaba nada de esa colina. Pero, mire por dónde, un agente de compras de la maderera Forston se llegó de casualidad por estas latitudes y le echó el ojo a los abetos de Cameron. Conque se puso al habla con él y no quiera saber los montones de dinero que le ha dado a Cameron por venderle toda la madera. ¿Ve la lana de Cameron o no la ve, señor O'Rourke?

—Algún vellón veo…

—Un tipo con un bosque de adorno y que ahora saca una fortuna de él.

—Hay tipos que nacen con estrella.

—Como mi jefe, que lleva una de metal. Pero tiene muy mala pata.

Max y el vejete rieron con Dan.

Éste se sacudió la paja de los pantalones y dijo:

—Bueno, señores. Yo les dejo, no sea cosa que mi jefe empiece a olerse la jugada que le hice con Shelby.

—Traspásele mis saludos.

—Abur.

Max y Shelby vieron salir al ayudante haciendo eses.

—Buen chico —dijo Max.

—Y no es tonto, señor O'Rourke. Oiga, ¿por qué quiere encontrar esa caravana?

—Un viajero de ella me debe mil dólares y quiero recuperarlos con intereses.

—Canastos, mil machacantes ya hacen pupa. Puede seguir el

rastro de la caravana a partir de la colina de los abetos.

—¿Quién hay por allí que pueda haberla visto partir?

—Por supuesto, los hombres de Cameron. Ellos deben haberla avistado.

—Hablaré con Cameron, Shelby.

—Es un buen tipo, a pesar de las insinuaciones de lanudo que Dan ha hecho. El único tipo con dinero que conozco que sea un buenazo.

—¿En qué se funda?

Shelby se rascó la barbilla en punta.

—Esos tipos podridos de dinero siempre andan explotando a la gente y ellos lo pasan tan ricamente con mexicanas, mestizas y negras. Pero el señor Cameron paga bien a sus pocos empleados. Y sus aficiones son las de los tipos bonachones. Unos coleccionan monedas o cuadros. En cambio, Cameron colecciona relojes. Sí,
O'Rourke.
Lo veo con la boca abierta, pero tiene que creerlo. Colecciona relojes de todas clases.

—Muy interesante.

—Por eso, encontrará al señor Cameron pocas veces fuera de su rancho. Siempre está revisando sus relojes en compañía de un tipo que los entiende.

Max extrajo una maravilla de reloj de bolsillo que tocaba las horas. Lo hizo instintivamente.

—Veré a Cameron dentro de media hora.

—Demonios, enséñele eso y se meterá a Cameron en el bote.

El reloj de Max
O'Rourke
desgranó de pronto la hora en una minúscula campanilla.

CAPÍTULO VI

El carillón del enorme reloj de pie emitió una campanada tras otra.

—… Y además va al minuto, señor Cameron —dijo el tipo, que tenía la cabeza metida dentro de la caja del reloj de columna.

Cameron sonrió complacido.

—El *sheriff* recibirá una gran alegría cuando vea esta maravilla, Turkey.

El llamado Turkey sacó la cabeza de dentro del reloj y después de tirar las pinzas que había utilizado en los resortes, cerró la caja.

—¿No es excesivo regalo para el *sheriff*, señor Cameron?

—Me gusta estar a bien con las autoridades, muchacho.

—Lo mismo dije yo cuando quería embaucar al *sheriff* de Mortimer Valley. Pero me pilló con las manos en la masa al abrir la puerta trasera del Banco y me mandó ocho años a la sombra.

—Pero te saqué yo en libertad condicional porque me enteré de que eras un buen relojero. Y así nos conocimos.

—Aprendí allí el oficio, señor Cameron.

—De no ser un buen relojero, jamás me habría relacionado con un delincuente, Turkey, No tolero que nadie se salga de las leyes, del orden.

—Ya.

Cameron desparramó la mirada por los relojes que atestaban paredes y mesas. Escuchó el coro de tictacs con delectación, como si se tratara de música celestial.

—Ese «ya» me ha sonado a lata, Turkey.

Turkey mostró sorpresa en el rostro.

—¿Cómo?

—Te veo escéptico cuando te hablo de mi honradez, de mi respeto a las leyes.

—Podría ser —dijo Turkey con cierto descaro.

Cameron se dio vuelta poco a poco y clavó la mirada en el hombre que había acogido en su casa como relojero y amigo.

—¿Cuánto te pago, Turkey?

Turkey creyó no haber oído bien, pero ordenó las palabras de sus sesos y respondió:

—Cien dólares al mes.

—¿Dónde vives?

—En esta casa. Aparte de los demás empleados.

—¿Y comes…?

—Como los mismos manjares que usted importa desde Dallas, señor Cameron.

—Tampoco estás solo.

—Cecilia es la mujer más estupenda que he conocido, jefe.

—Cuando esté Cecilia para el recambio, te traeré a su hermana desde Tempranillo.

—Hay mucho que roer todavía, patrón.

—¿Te diviertes, acá?

—Tengo la mejor colección de relojes. Ya sabe que me chiflan. Lo paso en grande, jefe.

Cameron se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué te falta, Turkey?

El relojero expresidiario se miró las puntas de las botas.

Luego, levantó la cabeza y miró abiertamente a Cameron.

—Nada, patrón. No me falta nada.

—¿Me porto bien contigo?

—Nadie se portó así, señor Cameron.

—¿Te trato como a un gusano?

—Usted me trata con dignidad.

—Te repetí muchas veces que dejaras de llamarme «señor Cameron» y «jefe» o «patrón».

—Sí.

—Te autoricé a que me llamaras «Lear». Mi nombre de pila.

—Soy un tipo respetuoso y me siento más cómodo si lo llamo de «usted». Jamás podré sacarme de la cabeza que usted fue a buscarme a la penitenciaría de Dallas cuando se enteró de que un preso hacía maravillas en el taller de relojería. Y usted gestionó mi libertad condicional, valiéndose de las amistades de altura que tiene en la capital. Usted es algo así como mi madre y mi padre juntos. Y

yo siempre traté de «usted» a mis progenitores. Ésa fue la explicación que le di y la que mantendré hasta el fin de mis días.

Cameron no demostró ablandamiento. Antes bien, los músculos de su rostro se acabaron de atirantar.

De repente rugió:

—Entonces, ¿por qué infiernos no muestras el juego? ¿Por qué demonios no dices lo que sabes? ¿Por qué te haces el loco y lo único que dices es «ya…, ya…» como una vieja incrédula cuando yo te hablo de lo honrado que soy? ¡Si sabes algo… claréate de una vez!

Turkey no se impresionó demasiado por los gritos de Cameron.

Sonrió con pesar y dijo:

—¿Para qué quiere que abra el pico y le diga que estoy al corriente de «todo»? ¿Para ganarme una bala en la boca?

Cameron rodó los globos de los ojos hacia él.

—De modo que al fin te destapaste, ¿eh?

—Usted me apretó demasiado el buche, patrón. Por mi boca jamás habría oído nada. Pero lo sé «todo».

Cameron entornó los ojos.

—¿Qué es «todo»?

Turkey suspiró.

—Supongo que debe haber algo más antiguo que ignoro y por eso quiere que concrete. Pero me refiero sólo al asunto de la caravana.

—La caravana —apretó Cameron los dientes.

Turkey asintió.

—Todavía está aquí.

—Sí.

—Y las carretas, los animales, los viajeros…

—Sí, Turkey.

—… No salieron de este lugar.

Cameron cerró los ojos con fuerza.

Los volvió a abrir, ahora un poco inyectados en sangre.

—Y permanecerán en mis tierras por los siglos de los siglos.

—Amén.

Cameron se revolvió.

—¡Nada de tomarlo a risa, Turkey! —rugió.

—Perdona, Lear.

Lear Cameron lo miró de reojo.

—Ya utilizas mi nombre, ¿eh?

—Desde ahora ya tenemos un secreto en común, tú y yo, Lear. Contigo me ha pasado lo mismo que con las mujeres. Que hasta que ellas y yo no tenemos algo que callar, las sigo llamando «señoritas».

—Eres un tipo educado, demonios.

—Se aprende mucho en la cárcel, Lear —dijo Turkey sonriente —. Pero uno acaba de redondear los modales cuando vive al lado de alguien grande como tú.

—Me crees grande, ¿eh?

Turkey asintió.

—Tú y yo somos lobos de la misma camada, Lear. Por eso tengo que reconocer cuando alguien hace un buen trabajo. Y tú hiciste algo grande.

—La caravana.

—Sí, Lear. La caravana. Es la primera vez en la historia que oigo mencionar un caso semejante. Exterminar una expedición de colonos, incluyendo carretas y caballos.

—¿Cómo lo supiste, Turkey?

El expresidiario suspiró.

—Oí la explosión.

—Sigue.

—Conque me levanté y vi que la hendidura que separa la colina del valle había quedado cerrada como la boca del infierno.

—Ése fue el fin de la faena, Turkey. Unos muchachos llevaron los carromatos y los caballos con todos los enseres a la hendedura, una vez liquidados los componentes de la caravana. Total, veintiocho tipos.

—Lástima que no acabaras de haberlo bien, Lear Cameron.

Lear emitió un gruñido.

—¿Por qué?

—Debiste meter a todos los muertos en sus propias carretas y luego cerrar la sima con la explosión.

—Fue lo que hicimos, Turkey.

—¿De veras? ¿Y qué hay de esa calavera que se encontró el viejo Shelby? La halló arriba, al pie de un árbol.

—¡Ese condenado entrometido…! —masculló Lear Cameron—. No encontró a uno de los componentes de la caravana.

—¿No?

Cameron sacudió la cabeza.

—Los restos que Shelby halló no son otros que los de los tres tipos que me ayudaron a hacer la faena. Les metí un balazo en la espalda y les cavé tres fosas, una al pie de cada árbol.

—Por lo menos nadie podrá relacionar a tres esqueletos con toda una caravana, Lear.

—¡Maldita sea…! Lo malo es que ese condenado viejo ha dado con el cráneo, al mismo tiempo que ese fulano llamado Max O'Rourke anda tras la pista de la expedición. No me gusta esa coincidencia.

—Ese O'Rourke es el más peligroso, Lear. El peor.

Cameron esbozó una sonrisa.

—Ya tengo tomadas medidas —dijo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas, Lear? También estoy al cabo de la calle.

—Sabes mucho, pajarón —gruñó Lear—. ¿Cómo lo supiste?

—Até cabos cuando oí hablar del tiroteo de O'Rourke con un tal Chino Torrence. Fue al ir a comprar el aceite de reloj, al almacén general. Dos tipos lo comentaban y saqué mis conclusiones de ese Harold Ollam, el tipo que se dedica a todo en la ciudad.

—No eres un tarugo, Turkey.

—La celda de una cárcel aguza el instinto de la deducción, Lear.

—¿Y deduces muchas cosas?

Turkey sonrió, mientras tomaba asiento sobre un extraño reloj chino, más bien parecido a un cajón, donde pájaros de madera daban las horas.

—Deduzco que vas a despacharme *ipso facto*.

Cameron dio un respingo.

—¿Qué estás diciendo, canastos?

—Piensas darme el pasaporte en breve fecha.

—¡Estás loco!

Turkey rió secamente.

—Ahora eres tú el hipócrita, Lear. Ya has proyectado mi muerte. Pero no ha sonado todavía la hora. Me necesitas para poner en hora tus relojes. Para que me conozca tu chica de alcurnia cuando ella

pregunte por mí.

—¿También sabes eso? ¿Que le arrastro el ala a una chica de un pueblo vecino?

—Se llama Annie Foster y no tardará en llegar. La vi de compras en nuestra ciudad y te hará la visita de compromiso. Por lo menos, tienes que esperar a que ella regrese.

—Demonios.

—Eres más falso que yo todavía, Lear.

Cameron abrió mucho la boca.

—¡Condenación! ¿Cómo no te has largado si adivinas tantas cosas? ¿Por qué has seguido el juego?

Turkey sacudió la cabeza sin borrar la sonrisa.

—Un error.

—¿Un error?

—El fallo que te abriría la tapa del ataúd, Lear.

Cameron notó la boca seca de pronto.

—No entiendo.

—Ahora lo comprenderás, Lear.

Cameron quedó en silencio al ver que el expresidiario se hurgaba en un bolsillo.

Turkey extrajo un papel.

Lo alargó hacia Cameron.

Éste tomó el papel.

Sus ojos se achicaron primero, al repasar las primeras líneas escritas.

Luego se agrandaron. Y así sufrieron varias fluctuaciones a medida que daban lectura al mensaje.

Levantó el rostro mucho antes de acabar.

—¡Demonios, Turkey! ¡Una declaración *post mortem* al juez Sullivan!

—Es la copia de la que le envié. Como verás, al pie de esta copia dice: «Recibí pliego original cerrado. Firmado, John Sullivan. Juez».

—¡Condenado me vea! ¿Has sido capaz de hacer eso, Turkey?

—Para protegerme contra ti, Lear. Sé que me clavarías una bala sin pestañear en un momento dado. Conque decidí hacer esta declaración al juez Sullivan. En esa declaración está todo.

—Ya lo veo —gruñó Cameron.

Ciertamente, se hallaba «todo» y parte de otras cosas.

Daba una versión muy periodística del exterminio de la caravana, llena de pelos y señales, y finalizaba con la acusación contra un tipo llamado Lear Cameron, él mismo.

—Eres un bastardo, Turkey. Y si te has hecho alguna ilusión de escapar del plomo, vas errado.

—¿Por qué, Lear?

—¿No comprendes que el juez leerá esto y ordenará mi detención?

—El pliego está entregado con la condición legal de ser abierto después de mi defunción. Conque te conviene que yo tenga nietos, Lear.

—Ese juez le echará el ojo a la carta y se armará.

—No, Lear. Los jueces no violan las cartas de esta clase hasta después de la muerte del que las escribió. Se abrirá cuando yo muera, ¿comprendes? Si me despachas, ya estás listo. Sullivan abrirá la carta y ya la tienes armada.

—Supón que te nace una bala en la cresta y escondo tu cadáver. ¿Cómo sabrá su Señoría que has muerto?

—También olvidas que debo presentarme al juez semanalmente para darle cuenta de mi libertad condicional. Si yo faltara el primer sábado, el juez ordenaría mi búsqueda rabiosa.

Lear iba a objetar a Turkey, pero opinó que éste tomaría medidas para su seguridad. Conque decidió cerrar el pico y pensar una solución. Y salió por algo que consideraba intrascendente.

—Soy un buen tipo a pesar de todo, ¿sabes, Turkey?

—Nadie lo ha discutido, Lear. Lo que pasa es que tienes afición a resolver las cosas por vía violenta. ¿Era necesaria la masacre?

Cameron hinchó el pecho de ira.

—Aquellos bastardos no eran más que forajidos. Habían montado una caravana de pega. Incluso llevaban unas mujeres de saloon para hacerlas pasar por esposas y dar la sensación de que eran agricultores. Pero todo era un juego que había inventado un rubio que allí viajaba. Un tal Stanley Fargget.

—Precisamente, el tipo que O'Rourke busca para que le devuelva mil dólares.

—Ya tendrá que correr para cobrar —empezó a reír Cameron.

Turkey sonrió dando cabezadas.

—Sí, Lear. Tendría que cavar toneladas de tierra como un topo y entonces daría con el cadáver de su deudor.

Cameron entornó los párpados.

—El muy bastardo rubio organizó la caravana para asentarse en mis tierras del bosque. Quería invocar una vieja ley de recuperación de tierras que aún está en vigor. En virtud de la empolvada ley, «cualquier grupo de colonos podrá reclamar la tierra que no se cultiva, adjudicada gratuitamente a un terrateniente». Eso dice la Mención Veintitrés del Reglamento de Ordenación de Tierras. El Gobierno me prestó este territorio. Y el bosque de abetos fue lo único que quedaba fuera de mis dominios. Lo único que no me servía de nada. Por eso el bastardo rubio organizó la tramoya de la caravana. Pero, en realidad, lo que quería era hacerme chantaje. Quería veinte mil dólares porque acababa de enterarse de las gestiones de Maderas Forston para quedarse con toda la madera. ¿Iba yo a darle veinte mil a ese granuja?

—Veinte tiros debiste pegarle, Lear.

—Llevaba mucha gentuza a sus espaldas y por eso no lo hice a golpe de revólver.

—Lo hiciste con el nuevo lubricante para relojes.

—Sí, Turkey.

Turkey suspiró.

—Me lo había supuesto desde el principio.

Cameron sonrió.

—Vi que la fuente que salía por el otro lado de la colina tenía un paso a flor de tierra por esta parte. Conque me limité a vaciar un tonelito de lubricante para relojes aprovechando sus cualidades venenosas. No las tenía todas conmigo. Pero de repente pasan las horas, ¿y qué veo?

—Ves un tendido de cadáveres.

—Alguno todavía sacudía el remo. Y los tres chicos que me ayudaron en el trabajo los apuntillaron como a las reses.

—Vaya trabajo, demonios.

Lear Cameron emitió una risita.

—El resto ya lo hemos mencionado, muchacho. Fue sencillo aprovechando la sima abierta a esta parte de la colina. Ya molestaba aquel agujero donde se me perdían las reses de vez en cuando. Conque fue el momento adecuado de cerrarlo bien cerrado.

—Y relleno, bien relleno.

Los dos hombres rieron ahora.

Cameron puso una mano sobre el hombre de Turkey.

—Creo que tú y yo no tenemos por qué pelearnos, ¿eh, chico?

—Primero le pegaría a mi padre, Lear.

—Eres agradecido, hijo.

—Ahora lo que debes hacer es rematar el asunto. Es decir, acabar con ese bastardo desocupado de Max O'Rourke. Y cuando el tipo esté acabado, todo el mundo olvidará a la caravana fantasma.

Cameron rió con fuerza.

—¡La Caravana Fantasma! ¡Infiernos, parece el título de una ópera!

Los dos hombres celebraron la frase con grandes risotadas, ya rota la tensión que los había atenazado.

—Max O'Rourke llega por el camino —dijo un tipo asomado a la puerta de la sala.

A la mención de O'Rourke, tanto Lear como Turkey dejaron de reír.

Y se miraron serios como muertos.

CAPÍTULO VII

Max saltó del caballo y lo dejó suelto por el pasto.

Luego, emprendió el sendero que conducía a la mansión de Lear Cameron y recreó la vista con la exuberante belleza del paisaje.

Dobló un seto vivo y de repente vio algo tan exuberante y lindo como el paisaje.

Era una muchacha.

No tenía nada que ver con las montañas del fondo. Pero vista así, de perfil, parecía encajarse como en el conjunto de un cuadro.

Era morena, de cabello anudado en lo alto, lo cual dejaba ver un cuello al que sólo faltaba un rótulo que dijera: «Atención, el diente aquí».

Poseía otras cosas muy apetecibles, pero Max era de los tipos que prefería dosificar las cosas buenas para no perder el control interno.

De momento, prestó más atención al rostro de la muchacha, de un perfil griego, tal era su perfección. Excepto los labios, algo gruesos, que no eran tan clásicos, pero estaban mejor.

Max la vio tan ensimismada en el paisaje que supo que la asustaría si salía con un «buenas tardes» de cajón.

Conque extrajo el reloj y lo adelantó para que dieran las cinco.

Ella inspiró aire profundamente, confundiendo la musiquilla del reloj con tañido de campanas celestiales.

Así, con el busto erguido, los ojos cerrados y la expresión estática se puso de lo más mona.

Entreabrió los labios y susurró el poema de H.

K. Hacket,

el malogrado rapsoda de aquellos días:

—«Oh, tañed la lira y no os detengáis, faunos. Pulsad las cuerdas y no las flautas».

Max contuvo un respingo.

Y celebró de inmediato que el poeta de moda hubiese sido liquidado por un pistolero allá en Dallas porque le sacó un dólar por una poesía de aquella especie.

Max puso el reloj en las doce para dar gusto a la chica.

Y en eso ella se volvió sorprendida.

—¡Oh, no sabía que era observada!

Max sonrió.

—Vista así, también está muy linda.

—Gracias, Turkey.

Max alzó una ceja y no habló hasta que ella descendió del pequeño tílburi.

—¿Ha dicho «Turkey»?

La muchacha le tendió una mano, que Max tomó entre las suyas jurando que la piel era seda.

—Lo adiviné al verle con ese reloj tan especial en la mano.

—Yo no…

Ella lo interrumpió riendo.

—Claro que es usted, Turkey —siguió ella sonriendo, como los propios ángeles—. Lear Cameron me habló de usted.

—Eso es imposible, señorita.

—Qué va a ser, hombre. Y también te habrá hablado de mí, de Annie.

—Lo de Annie ya lo tengo más oído. Tuve una tía segunda que se llamaba así.

Annie emitió una cantarina risa.

—Tienes buen humor. Como lo debe tener un genio en el arte de la relojería.

—¿Cómo, preciosa?

—Sé que eres el mejor relojero del mundo.

—¿Yo? La última vez que le metí mano a un despertador lo convertí en una especie de sonajero.

Annie rió divertida.

—Es una forma de expresar la modestia que tiene mucho de ingeniosa, Turkey.

—Yo soy Max.

—No hace falta que me digas tu nombre legal. Turkey es más eufónico.

—Puedes llamarme como quieras, encanto.

Las manos de Max todavía retenían la de ella y ahora la atrajo hacia sí.

Annie lo miró a los ojos sin tratar de retroceder.

—Turkey —dijo—, quisiera pedirte algo.

—Pídeme todo menos la hora, nena.

—Debes modificar tus expresiones, aprender a tratar a las señoritas, olvidar los viejos modales de tu anterior vida y convertirte en otra persona, ya que el señor Cameron intenta ayudarte porque vales mucho. Me refiero a eso de «nena» y «preciosa».

—Yo soy impulsivo —dijo Max, quien al tenerla tan cerca ya tenía un fallo en el control de las emociones.

—Comprendo que seis años en una cárcel, sin ver a una mujer, es demasiado duro para un hombre.

—¿Seis años en la mazmorra?

—No tienes por qué ocultarlo, Turkey…

—Ese hombre no es Turkey, señorita Foster —interrumpió de pronto una voz gangosa.

Max y Annie se volvieron viendo a un tipo enclenque.

Annie retrocedió y clavó los ojos en el hombre que había tomado por Turkey, el expresidiario.

—¿Que no es Turkey?

Max sonrió.

—Ya te dije que soy Max. Max O'Rourke.

Annie pegó un chillido que cortó con la mano sobre la boca.

—¡El pistolero que mató a un hombre esta mañana!

—¿Pistolero? —dijo Max—. Escucha, preciosa. Cada vez me adjudicas una profesión.

—¡Usted es O'Rourke! ¡El hombre del que habla toda la ciudad!

—La gente habla mucho. Pero también yerra, Annie.

Ella apretó los labios.

—¿Y ha sido capaz de embromarme con esta comedia de mal gusto?

—Escucha, Annie. Tú te empeñaste en cerrarme la boca cada vez que la abría para deshacer el equívoco.

El tipejo enclenque que había echado a rodar la escena comenzó a toser para indicar que todavía estaba allí.

—Escuchen, el señor Cameron les está esperando. Sobre todo a usted, señorita Foster.

—Dígale al señor Cameron que aguardaré a que se marchen ciertas visitas —repuso la joven, mirando de hito en hito a Max—. Contemplaré entretanto el paisaje.

El enclenque se encogió de hombros.

Max se tocó el ala del sombrero y recitó:

—«La ninfa trepó al árbol porque el fauno se puso pesado, y desde arriba le tiró una pera en el ojo, el muy taimado».

Annie abrió y cerró la boca, roja de rabia, y optó por dar media vuelta y regresar a dónde la encontró O'Rourke.

Éste se hallaba poco después en un amplio salón lleno de relojes que llenaban todo aquello de chasquidos molestos.

Lear Cameron le salió al paso y sus ojos contemplaron con fijeza al joven.

—¿Quién es usted? —inquirió Cameron, aunque lo sabía de memoria.

—Max O'Rourke. Y usted debe ser el señor Cameron.

Cameron sonrió.

—Conque O'Rourke, ¿eh? Ya me habló el *sheriff* de usted acerca de algunas cosillas.

—Si ahonda en la opinión del *sheriff*, le arrancará finalmente que está encantado conmigo. Pero es un renegón.

Lear rió, aunque habría mascullado algo gordo contra el visitante.

—¿Qué quiere de mí, O'Rourke?

—En primer lugar, enseñarle algo que va de acuerdo con sus aficiones.

Las cejas de Cameron se juntaron.

—¿Sí?

Max extrajo el reloj de bolsillo.

Los ojos de Lear se abrieron del tamaño del reloj.

—¡Canastos! ¡Un Imperator, uno de los pocos modelos que construyó John Ruger, el suizo que encerraron en el manicomio!

—Vaya.

—El tipo creó las maravillas más notables en relojería. Por eso su cabeza se desencuadernó un día y tuvieron que encerrarlo.

—¿Y vale esto mucho, señor Cameron? —inquirió Max, auténticamente sorprendido.

—Le doy doscientos dólares.

—No lo vendo.

—¡Trescientos y no se hable más!

Max sopesó el reloj.

—Se lo vendería con gusto porque estoy en quiebra, señor Cameron…

—Pues cuente el billetaje —tiró Cameron de un cajón.

—Pero no puedo desprenderme del reloj porque es de un amigo. Realmente me costó mil dólares. Se los presté y me dio el reloj en prenda.

—Presénteme a su amigo, O’Rourke.

—Lo estoy buscando por todas partes. Se llama Stanley Fargget.

La cara de Lear cambió de mueca.

Tenía muy conocido al bastardo rubio que intentó hacerle víctima de un chantaje con el asunto de las tierras. Pero ya estaba muy hondo, en compañía de sus forajidos de comparsa.

—¿Le ocurre algo, señor Cameron? —inquirió Max.

—¡Oh, no! —Tosió Lear apresuradamente, volviendo en sí—. Sólo torcí la cara porque representa una contrariedad que usted no sepa dónde está su amigo.

—Usted me lo puede decir.

Lear notó que la boca se le secaba.

—¿Yo?

—Usted, Cameron. Usted podría decirme dónde está.

Lear sintió también que el corazón se le detenía. ¿Hasta qué punto el gun-man estaba en el ajo? ¿Por qué preguntaba así?

Lear sacudió la cabeza sonriendo lo mejor que pudo.

—¿Cómo voy a poderle yo decir dónde está un amigo suyo?

—Porque viajaba en la caravana.

—¿En la caravana de feriantes que encontré en Austin hace dos años? —Se hizo Cameron el loco.

—En la caravana que pasó por el lado de su colina.

«Pasó», se repitió Cameron para sí. Y se agarró al verbo como a un clavo ardiendo. Si el gun-man decía «pasó», daba por entendido que creía en la continuación de la ruta de la caravana. Todavía debía ignorar que estaba bajo tierra.

—¡Ah, sí! La que pasó. Ya recuerdo.

—¿De veras la recuerda, señor Cameron?

Lear rió dando rienda suelta a la tensión que le anudaba el estómago.

—Uno de mis hombres me habló de una caravana que acampó unas horas al lado de la colina.

—Me gustaría hablar con su empleado.

—Se marchó a África contratado por un negrero —dijo Lear, pensando en el calor que el empleado de marras pasaba en el infierno.

—Lástima —chascó Max la lengua.

—Sí. Pero yo puedo informarle de lo que desee.

—Me gustaría saber qué dirección tomó la caravana.

Lear puso en acción sus dotes de comediante.

—Hombre, no resultará fácil. Pero hay un detalle que puede orientarle.

—¿Sí?

—Esos colonos se largaron al amanecer y sus carromatos pasaron por la zona de pastos. Me enfadé mucho porque me arruinaron un buen trozo. Pero ya estaban demasiado lejos para ajustarles las cuentas.

Era todo mentira. Pero Lear se escuchó a sí mismo y paladeó lo buena que le había salido la historieta.

Entretanto, Marx se rascó el pescuezo.

—Usted se quedará sin este reloj y yo sin mis mil dólares.

Lear tosió.

—Bueno, para que no nos peleemos; le doy quinientos dólares por esa cebolla musical y mande a ese viejo del reloj al diablo.

Max le clavó la mirada.

Y Lear se arrepintió de inmediato por haber dicho «viejo». Pretendía, por supuesto, confundir a O'Rourke.

Pero éste parecía uno de esos sabuesos que saben olerse una descripción falsa cuando el delincuente quiere disimular.

—Nadie le dijo que fuera un viejo, señor Cameron.

—¡Oh, no! Pero he supuesto que el reloj debería proceder de un anciano. Son los más aficionados a esta clase de chucherías.

Max lo miraba sin decir nada, hermético, inexpresivo.

—El cráneo que encontraron esta mañana podría ser del viejecito —espetó Max, sin preámbulos—. A veces mueren.

Lear acumuló todas sus dotes de actor para no pegar un brinco.

—¿Cómo?

—Alguien encontró un cráneo junto a uno de los abetos.

—¡Demonios! Hablaré con el *sheriff*. No permito que nadie tome mi bosque como cementerio.

Y se interrumpió de pronto. Había intentado hacer un chiste, pero justo tenía que haber hablado de «cementerio». ¿Por qué, infiernos, le había salido una palabra clave? Aquel tipo con ojos de lechuza podía pegarle un susto si no cerraba el pico bien pronto.

Max sonrió de pronto.

—Bueno, mi amigo era rubio. No era ningún anciano.

—¡Ah, ya! —dijo Cameron con prevención. Todo lo que sabía hacer aquel condenado O'Rourke era emitir unas palabritas sin importancia y de repente soltaba la dentellada.

—De modo que fueron a campo a traviesa, por sobre sus pastos.

—Eso hicieron los desconsiderados.

—Trataré de seguir mis indagaciones. Ya es bueno tener la seguridad de que la caravana no desapareció acá.

—¿Acá? —sonrió Lear sin ganas—. ¿Cree que podría tragarla la tierra?

Y se quedó con la boca abierta porque había nombrado la soga en casa del ahorcado. Aquello era meter la pata, hermano.

Max le miró ahora ceñudo.

Lear tenía ahora una mueca en el rostro, incapaz de resistir la

acerada mirada del gun-man.

Entretanto, Lear se llamaba desde estúpido hacia arriba. ¿Estaba loco? Sólo tenía que abrir la bocaza, escapársele aquello de «cementerio», «tragó la tierra», y en el retorcido cerebro del gun-man las palabras germinarían. Sí. Crecerían aquellas palabras claves como si se trataran de simientes. Y se descubriría el pastel.

—El pastel… —empezó Lear y frenó horrorizado—. Quiero decir que la caravana debe estar en camino del norte. Le ruego que la localice y me ponga en contacto con su amigo. Quisiera que pactáramos acerca del reloj Imperator.

—Encontraré a mi amigo, señor Cameron —aseguró Max en un tono que erizó los pelos de la nuca de Lear.

Éste pensó que, gracias al cielo, la nuca quedaba atrás y el gun-man no podía verla.

Notó que la cara se le llenaba de transpiración y ordenó urgentemente a las glándulas sudoríparas que dejaran de hacerle aquella mala pasada.

—¡Uff, hace calor! —Se aflojó el cuello Lear—. Creo que tomaré un baño.

Max sonrió y estrechó la mano del hombrón.

—También yo pienso bañarme cuando regrese al pueblo. Nos veremos, señor Cameron.

—Ha sido un placer conocerle, O'Rourke.

—Y ya le comunicaré el resultado de mis investigaciones. Localizaré a esa caravana, aunque tenga que buscarla en el centro de la tierra.

Lear se quedó boqueando.

Menos mal que no lo había visto O'Rourke.

Pero de pronto, Lear sintió las agallas y para demostrarse a sí mismo que no sentía temor, salió a la puerta del patio y rió a modo de chiste:

—No tarde demasiado antes de que los encuentre muertos. Oh, quiero decir muertos de viejo.

Max le dedicó otra mirada.

Luego se alejó.

Lear empezó a reír aliviado. Se sentía grande otra vez.

Y es que acababa de decretar la muerte inmediata del gun-man.

Por eso le importaban ya un pimiento las frases claves o las palabras germinadoras.

Escupió fanfarronamente y escuchó el carillón de un reloj de la Época de Oro europea.

Unas horas más tarde, Max O'Rourke germinaría margaritas en vez de palabras.

CAPÍTULO VIII

—Perdone, señorita Foster —dijo Cameron con una sonrisa untuosa—. Yo hubiera deseado recibirla enseguida, pero usted mismo dijo a mi empleado que prefería esperar.

—Desde luego, señor Cameron. Me encontré ahí afuera con un hombre que goza de una triste fama.

—Se refiere al gun-man Max O'Rourke.

—Sí, señor Cameron, y debo decirle que me extraña mucho que usted reciba a esa clase de personas en su casa…

—Tengo una explicación para eso.

—No le he exigido ninguna, señor Cameron.

—Ya lo sé, Annie, pero no quiero que saque una mala impresión de mí. No tengo nada que ver con ese pistolero. Se llegó aquí para hacerme unas preguntas acerca de un amigo suyo, preguntas para las que yo no tenía contestación. Pero ya terminé con él.

Al decir sus últimas palabras, Cameron sintió un gozo interior. Sí, él iba a terminar de una vez por todas con Max O'Rourke. Aquel mismo día el joven estaría convertido en fiambre y luego, con unas paletadas de tierra, dejarían el negocio terminado.

—Perdone que haya dudado de usted, señor Cameron. Es bien conocido en la comarca su sentido de la honestidad.

Cameron se bautizó a sí mismo con el nombre de Cameron el Honesto y sintió ganas de reír. No estaba mal eso, pero resultaba un poco sarcástico teniendo en cuenta su cementerio particular en el bosque de abetos.

—Le he traído lo que le interesaba, señor Cameron —dijo ella cambiando de tema.

—Estoy ya deseoso de verlo.

La chica abrió un maletín y sacó con sumo cuidado un objeto que estaba envuelto en una funda de terciopelo negro. Depositó el objeto sobre la mesa y tiró de la caperuza.

Ante los ojos de Cameron apareció un reloj. Pero no era un reloj cualquiera. Era un reloj de arena. Sus soportes eran de marfil de un color amarillento y contenían algunas grabaciones.

—¿Bromea, señorita Foster?

—¿No sabe lo que es?

—Sí, un reloj de arena.

—Pero ¿a quién perteneció, señor Cameron?

—A su abuelo. Usted me dijo que él tenía mi afición coleccionar relojes. Estoy enterado de toda su historia señorita Foster, y lo lamento mucho. El padre de usted se fue arruinando porque la desgracia lo convirtió en su víctima predilecta. Vendió hoy una cosa, mañana otra, y de esa forma, usted, la única superviviente de esa gran familia que se llamó Foster, hoy se encuentra, digamos, un poco sola y pobre.

—Por favor, señor Cameron, no me eche en cara mi pobreza — repuso la joven, levantando la barbilla.

—No quería molestarla. Además, debe saber que para usted yo tengo en mi casa un trozo de pan.

—Con queso.

—¿Cómo?

—Quiero decir que he sentido de pronto un poco de apetito. Si me da un bocadillo con queso, se lo agradeceré.

—Ahora mismo ordenaré que maten una res.

—Oh, por favor, no haga eso.

Cameron ya había corrido hacia la puerta y gritó:

—Elmer, que traigan una bandeja abundantemente servida.

Luego cerró y se volvió hacia Annie, sonriente.

—Es usted muy amable, señor Cameron. ¿Volvemos ahora al reloj?

—¡Oh, sí! ¿A quién perteneció ese reloj?

—A Napoleón.

—Ah, ese bastardo que envió a Maximiliano a México y al que le dieron júmate en Queretano.

—No es ese Napoleón, señor Cameron, sino el primero.

—No me diga que en los tiempos de ese fulano, el de la úlcera estomacal, no había relojes como los de ahora.

—Ya había relojes, desde luego, señor Cameron, pero Napoleón se apoderó de éste cuando estuvo en Egipto. El reloj tenía un gran valor histórico, ya que perteneció a Cleopatra.

—He oído algo de esa fulana, fue una girl de aquellos tiempos.

—Era una reina, señor Cameron, la reina de Egipto.

—Bueno, pero conquistaba a los tipos que daba miedo, ¿no es así?

—Sí, conquistó a Marco Antonio y Julio César.

Cameron miró con asombro el reloj y de pronto se echó a reír.

—Demonios, si este reloj hablase…

—¡Señor Cameron!

—Disculpe la inconveniencia, señorita Foster… De modo que éste es el reloj al que usted se refirió.

—Sí, señor Cameron, no quisiera desprenderme de él, pero las circunstancias…

—Comprendo, señorita Foster, ya sé que usted va tirando gracias a lo que va vendiendo.

La joven coloreó las mejillas.

—Señor Cameron, a veces la verdad descarnada hace daño.

—Admito que mis modales no son muy finos, a pesar de que hago todo lo posible por serle simpático, señorita Foster.

—Pasaremos a la parte económica, si es que le interesa el reloj.

—Claro que me interesa. Le daré cien dólares.

—¿Cómo ha dicho?

—Cien dólares.

—Señor Cameron, tiene ante usted la historia del mundo… Julio César, Cleopatra, Napoleón…, todo junto.

Cameron miró el reloj de arena con el ceño fruncido, como si esperase ver detrás del cristal algunos de los histéricos personajes.

—Sería bueno que Cleopatra saliese de ahí bailando «la danza de los siete velos».

—Señor Cameron, su ligereza al hablar así de una reina me produce un extraordinario asombro.

—Está bien. ¿Cuánto quiere?

—Cinco mil.

—¿Habla en serio, señorita Foster?

—Completamente.

—Por cinco mil dólares me pueden construir unos cuantos centenares de relojes aprovechando la arena del Llano Estacado.

—No compra usted el valor material, señor Cameron. De todas formas, debo decirle que en el Llano Estacado no hay elefantes.

—¿Para qué se necesitan elefantes?

—Los soportes son de marfil, que es el colmillo de los elefantes.

—Está bien, señorita Foster. No discutamos. Le doy mil.

—Ni hablar. No lo tendrá por ese precio.

—Mil a la una… Mil a las dos.

—Suyo es por cuatro mil dólares, señor Cameron.

—Sabía que lo conseguiría por mil doscientos.

—Trato hecho.

—Espere un momento, señorita Foster.

—¿A qué tengo que esperar?

—Quiero que Turkey le eche un vistazo a este reloj.

—Oh, sí, Turkey —dijo Annie—. Su técnico relojero.

Cameron abrió una puerta del fondo e hizo una señal con la cabeza hacia el interior.

—Pasa, Turkey.

Turkey entró en la estancia.

—Celebro conocerla, señorita Foster —dijo.

Annie miró a Turkey y al instante su voz interior le dijo que prefería al joven a quien tomó por el técnico relojero. Oh, ¿por qué pensaba tales cosas? Eso era terriblemente inmoral.

—Turkey, éste es el reloj que me quiere colocar la señorita Foster —dijo Cameron.

Turkey observó el reloj con ojos de profesional y enseguida se dio cuenta de que aquello no valía más de cincuenta dólares. Era tan falso como Judas.

—¿Cuánto tiempo tiene el reloj, señorita Foster?

—Perteneció a Cleopatra —dijo Annie, y contó otra vez el linajudo origen del artefacto.

Turkey sonrió imperceptiblemente.

—¿Qué precio le ha dado, señor Cameron?

—Mil doscientos.

—Regalado —dijo Turkey y sonrió para sus adentros pensando que era una buena oportunidad para que aquel canalla fuese timado

por la bella señorita Foster.

—Está bien, Turkey. Tu juicio, como siempre, ha sido certero. Puedes retirarte.

Turkey hizo una inclinación, sonrió a la señorita Foster y salió de la habitación.

Cameron dio un suspiro.

—Resulta estupendo eso de llegar a un acuerdo, ¿eh, Annie?

—¡Pobre abuelo, si levantase la cabeza y viese lo que estoy haciendo con su colección…!

—Olvídese de eso. Además, estoy pensando una cosa. ¿Quién sabe si muy pronto volverá a ser usted la dueña del reloj…?

Sí, Cameron había pensado en casarse, pero hasta entonces no había encontrado a la mujer de sus sueños. Tenía que ser bella, distinguida, simpática, y justamente allí tenía a la mujer que reunía aquellas condiciones y otras muchas más.

—Señorita Foster, quiero que me conteste usted a una pregunta.

—¿Sobre relojes?

—No, sobre su corazón. ¿Eligió al hombre con el que tiene que compartir su vida?

—No se ponga cursi, señor Cameron.

Cameron soltó una falsa carcajada.

—Me gusta su sinceridad, señorita Foster.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró un criado portando una bandeja en la que debía haber de cincuenta a sesenta bocadillos.

—Ahí tiene, señorita Foster —dijo Cameron—. Hártese.

—¿Cree que soy un animal al que se da el pienso? —repuso Annie, y atrapó un bocadillo muy aprisa—. Debería ser un poco más comedido.

—¿Sabe lo que le digo, señorita Foster? Que a mí me falta el contacto con personas como usted.

—En primer lugar, no se dice contacto, señor Cameron. Debe decir que lo que le hace falta es relacionarse.

—Muy bien, señorita Foster, quiero relacionarme hasta el cuello con usted.

Annie ya había despachado un bocadillo en un tiempo récord. Le echó el ojo a uno de jamón.

—¿Bebe, señorita Foster?

—Agua.

—¿Sola o con *whisky*?

—No me gusta el alcohol.

El propio Cameron le sirvió el vaso de agua.

La joven se ayudó con unos tragos para pasar los últimos restos del bocadillo de jamón.

—Se me está ocurriendo una idea, señor Cameron… Me llevaré algunos bocadillos para dárselos a quien los necesita.

—Ya he oído hablar que tiene dos criados esqueléticos…

—Hoy la servidumbre ya no es tan resistente como antes.

—Pues hala, deles de comer bocadillos y verá qué lustrosos se le ponen.

La joven atrapó un periódico de una silla e hizo un cartucho donde metió todo lo que pudo.

—¿Me da ahora el dinero? Ya sabe, los mil doscientos dólares, señor Cameron.

—Creo que se lleva muy poco en su tílburi, señorita Foster. ¿Por qué no carga usted también con la casa?

—Oh, qué chistoso es usted, señor Cameron, pero me conformo con los mil doscientos dólares y los bocadillos.

Cameron pagó los mil doscientos dólares, que la joven guardó en el bolso.

—Señorita Foster, ¿por qué no se queda un poco más?

La joven tenía el cartucho de bocadillos sobre su pecho, de forma que apenas se le veía la cara. Tuvo que volverse y le pegó con el paquete a Cameron.

—¿Cómo decía, señor Cameron?

—Había contado que esta noche cenaría conmigo a la luz de la luna.

—Oh, perdón, señor Cameron, pero mi abuelita me dijo que tuviese cuidado con el lobo del bosque.

—¿Qué abuelita ni qué lobo?

—Era una forma de hablar, señor Cameron. Soy una joven de muy buenas costumbres.

—Oh, sí, usted todo lo arregla a bocadillazo limpio.

—Señor Cameron, le prohíbo que sea grosero o me llevo el resto de los bocadillos.

—Usted se puede llevar de aquí todo lo que quiera.

—Entonces deme el reloj.

—¿Qué reloj?

—El que le acabo de vender.

—Era una forma de hablar, señorita Foster —replicó Cameron, devolviéndole la pelota—. Sólo lo decía por si quería llevarme con usted.

—Otro día, señor Cameron, hoy tengo mucha prisa.

—Annie, necesito verla urgentemente.

—Ya me está viendo.

—Lo que quiero decirle es que cuando usted se marche de mi casa, las habitaciones quedarán vacías…

—Será estupendo; aproveche la oportunidad y cómprese unos muebles menos horribles que éstos.

—¿No le gustan?

—Su decoración es detestable. Me da pena decirlo, pero lo único bueno que he encontrado en su casa han sido los bocadillos. Y ahora, adiós.

Cameron quedó con la boca abierta y la joven echó a correr.

Era cierto que su abuelita le había hablado del lobo, pero eso ocurrió hacia quince años, cuando era muy pequeña. Pero ella sabía distinguir perfectamente unos dientes carniceros y estaba dispuesta a apostar que Cameron tendría un par de hileras como un cepo.

Minutos más tarde viajaba en el tílburi.

El camino serpeaba por entre unas rocas cuando de pronto oyó una voz.

—¿Vendes comida, nena?

Annie tiró de las bridas porque dos hombres habían salido por entre las piedras interrumpiendo el paso del carruaje. Eran dos tipos llenos de polvo y sudor, de barbas crecidas, y llevaban las pistoleras muy bajas.

—Si tienen hambre, puedo ofrecerles un bocadillo —dijo Annie pensando en que lo mejor era ser condescendiente con los desconocidos.

—Echa unos panecillos para acá —dijo el más alto, un tipo de sienes y mejillas hundidas.

Annie lanzó dos bocadillos al aire.

El tipo huesudo los atrapó con un movimiento rápido y después de mirar su contenido dijo:

—Uno es de jamón y otro de queso.

—Yo prefiero el queso —dijo su compañero, y entonces dijo a la joven:

—Anda, baja, y merienda con nosotros.

—Lo siento, caballeros, pero he de regresar a casa. Mi padre se encuentra enfermo y me rogó que no me demorase.

—No te preocupes, a tu padre lo podrás ver muy pronto.

La joven fustigó el caballo para obligar a que los hombres se apartasen, pero el huesudo soltó sobre el animal y lo atrapó por las bridas.

Su compañero, el de la cicatriz, saltó al pescante como una exhalación y asió a la joven de un brazo.

—Eh, ¿qué intentabas hacer, ricura?

—Marcharme. Eso es lo que quería hacer.

—Te invitamos a que te quedases.

—Les repito que no puedo.

—Deberías ser un poco más comprensiva con dos caballeros como nosotros… Anda, acompáñanos, nena, ahí detrás de las rocas hay un lugar muy fresco. Sus aguas llegan de la montaña y están muy frías…

Annie comprendió que se encontraba en muy mala situación frente a los desaprensivos.

Había hecho aquel viaje a la hacienda de Cameron para colocarle el reloj de arena. Ése había sido el único motivo. Había logrado un buen precio, pero ahora las cosas se torcían. En cuanto aquellos hombres se enterasen de que llevaba encima mil doscientos dólares, se los robarían. Pero con ello no iban a acabar sus males. Podía ocurrirle lo peor, y al pensar en ello sintió que se producía un vacío en su estómago, a pesar de que lo había llenado con los bocadillos de jamón y queso.

—Gracias por su invitación, pero ya comí —dijo.

—¿Es que nos va a hacer un feo, nena?

—Ustedes ya lo son bastante.

—Eh, Ronald —dijo el de la cicatriz—, la muchacha es de las chistosas…

—Eso me gusta —contestó el llamado Ronald—. Así el rato será mucho más divertido.

—Baja, nena —dijo el de la cicatriz.

—¡Y un cuerno! —contestó Annie perdiendo la paciencia—. Ustedes son dos desharrapados y ya tienen bastante con lo que consiguieron de mí. Los bocadillos.

—Nosotros no lo creemos así —dijo el de la cicatriz, dando un tirón fuerte de la joven.

Annie perdió el equilibrio en el pescante. Braceó para no caer.

El de la cicatriz había saltado al suelo y la esperaba con los brazos abiertos.

Annie cayó en ellos. Se debatió.

Ronald, que estaba viendo el cuadro, lanzó una carcajada.

—Eh, Jimmy, ¿es que no vas a poder con la chica?

Jimmy tenía a la joven abrazada y trató de besarla en la cara. Ella le pegó un rodillazo en el vientre.

Jimmy escupió una maldición, retrocediendo.

Annie quiso aprovechar el momento para echar a correr. Fue una ingenua porque Jimmy era más rápido que ella y ya se había repuesto.

La muchacha sólo llegó a correr como cosa de cuatro metros y ya Jimmy la había cazado de nuevo por el brazo.

Ambos cayeron en la tierra levantando una oleada de polvo.

Ronald se sentó en una roca y sacó un bocadillo del cartucho. Dio una dentellada y se puso a comer tranquilamente.

Annie logró pegar un zarpazo en la cara de Jimmy, el cual soltó un chillido que lo asemejó a un ratón.

—Yo te voy a arreglar a ti, diablesa —dijo.

De pronto se oyó una voz.

—¿Puedo tomar parte en el festín?

Ronald dejó de masticar el trozo de bocadillo que engullía y pegó un gruñido.

Jimmy se apartó de Annie dejándola libre. También quería prestar atención al entrometido.

Annie alzó los ojos y, sentada en la arena, el busto agitado por la lucha, identificó al recién llegado.

Era Max O’Rourke.

El gun-man apoyaba la mano izquierda en una roca, muy serio, pero su revólver

continuaba en la funda.

—Demonios, Jimmy —dijo Ronald—. Aquí llega uno de nuestros antiguos conocidos.

—Max

O'Rourke

—dijo Jimmy.

Max miró a uno y otro con ojos gélidos.

—No creí que estuvieseis por estos lugares, muchachos.

—¿No, Max? ¿Dónde creíste que estábamos?

—En California.

—No estabas equivocado. Jimmy y yo estuvimos en California.

—Debisteis quedaros allí.

—Es lo que pensamos, aquél es un buen clima y no estaba mal de mujeres, pero las cosas se nos pusieron feas.

—Comprendo, asesinasteis a un par de viejos para robarles media docena de dólares.

Ronald se echó a reír.

—No fueron dos viejos, Max. Liquidamos a unas cuantas personas. Ya sabes que algunos se ponen pesados cuando se les pide el dinero. Se lo he dicho a Jimmy muchas veces… ¿Por qué el personal no será un poco más comprensivo? Pero hablemos del presente, Max, anda, da media vuelta y lárgate.

—¿No me vais a dar siquiera un bocadillo?

—Claro que sí, Max. Para un amigo, Jimmy y yo siempre tenemos algo. ¿De qué lo prefieres?

—Me da lo mismo.

Ronald miró a Jimmy. Era una señal. Metió la mano en el cartucho y sacó un bocadillo mientras se ponía en pie.

Arrojó el bocadillo a Max.

Supuso, lo mismo que su compañero Jimmy, que Marx atraparía el bocadillo y que éste sería el mejor momento para cazarlo a tiros, pero lo que ninguno de los dos sabía era que Max había insinuado lo del bocadillo para que pensasen en aquella trampa. Por ello no atrapó el bocadillo que le habían lanzado, sino el revólver.

En aquel lugar se produjo un tableteo.

Tres revólveres entonaron una sinfonía mortal.

Ronald, alcanzado en el pecho, tropezó con la piedra que tenía a su espalda y dio una voltereta.

El contenido del cartucho se desparramó por tierra.

Jimmy iba a tener otra cicatriz, pero él no se la vería jamás. La bala le había segado las narices. De todas formas, habría sido demasiado horrible para él ir por el mundo enseñando una cara más fea de la que tenía un minuto antes.

Cayó despatarrado, movió un poco las piernas y expiró.

Enseguida se oyó un aullido.

Había salido de la garganta de Annie.

Max se dijo que tenía una hermosa voz de tiple.

Lo pensó mientras se levantaba del suelo, adonde se había dejado caer cuando empezó el tiroteo, y por eso había burlado las balas que Jimmy y Ronald le dirigieron.

La joven estaba sentada en el polvo.

—No se aflija, Annie, estoy vivo.

La joven tragó saliva para recuperar el habla.

—¡Dios mío…! Me he librado de una buena.

Max llegó ante ella y la ayudó a levantarse. Quedaron muy juntos, la joven mirándolo a los ojos.

—Fue una suerte encontrarle otra vez en mi camino, señor O'Rourke.

—No fue una suerte. Decidí esperarla.

—¿Cómo?

—Me gustó.

—¿Quiere decir que vio desde el principio mi encuentro con estos dos hombres?

—Sí.

—¿Y también oyó lo que dijeron?

—Desde luego.

—¿Y cómo no salió de su escondite antes?

—Quise pasar por ese héroe que salva en el último instante a la chica mona. Ya sabe lo que ocurre después. La chica mona echa los brazos al cuello del héroe y le da un beso sensacional.

Ella entornó los ojos un poco furiosa.

—Se queda sin beso.

—Eh, Annie, eso no está nada bien. Tengo derecho al premio, y la verdad es que no se lo pongo muy caro…

La joven se mordió el labio inferior.

—Bueno, bien mirado, creo que tiene razón, y no quiero que se

diga por ahí que Annie Foster no paga lo que debe.

Se puso de puntillas, echó los brazos alrededor del cuello de Max y le dio un fuerte beso en la boca. Él colaboró también apretándola contra sí.

Annie apartó su cara, miró a Max y lo volvió a besar.

Por último, se apartó de Max, diciendo:

—Le debía dos, puesto que fueron dos los que trataron de propasarse.

—Tendrá que darme otros tres.

—¿Qué dice?

—Componían una banda de cinco, lo que pasa es que se separaron, pero apuesto a que deben estar por ahí escondidos.

—Su forma de mentir es intolerable.

—¿No ha oído decir que existe el engaño sublime? Yo lo he hecho por ganarme tres besos extra.

—Ha cometido su segundo error, señor
O'Rourke.
Si hubiese porfiado un poco, habría conseguido sus tres besos extra. Hubiese bastado con prometerme que, efectivamente, eran cinco los forajidos.

—Eran cinco —dijo Max rápidamente.

—Esa certificación llega demasiado tarde, señor
O'Rourke.
Hemos de separarnos.

—¿Adónde va, Annie?

—Hace mucho tiempo que no visito a mi amiga la señora Kholer. He de llegarme a su casa para entregarle mi regalo de boda.

—Imagino que es un reloj.

—Desde luego. Pertenece a la colección de mi abuelo, una de las más valiosas del mundo.

—¿Viajará luego a Groot City?

—Caerá la noche y probablemente la señora Kholer querrá que me quede en su casa.

—Muy bien. Yo también tengo que hacer el viaje a la ciudad. He de llevar los cuerpos de estos hombres. Sus caballos están cerca.

—No puedo esperarlo, señor
O'Rourke.
Además, viajar con esos muertos no me seduce nada. ¿Qué

pensarían de mí cuando llegase a la ciudad con los cadáveres? En Cavern City acostumbran a poner apodos enseguida. Me llamarían Annie la Fiambres. Hasta la vista, señor O'Rourke.

Mark le hizo una reverencia y Annie subió, al tílburi y continuó su viaje a Cavern City.

CAPÍTULO IX

Lear Cameron tenía una expresión ensoñadora en el rostro.

Respiró profundamente.

Estuvo dispuesto a jurar que la habitación conservaba los efluvios primaverales que Annie había llevado a su casa.

Sí, había elegido bien. Annie Foster sería su mujer. Tenía la impresión de que no le resultaría muy difícil.

Al fin y al cabo, se trataba de una joven arruinada, de una distinguida señorita acostumbrada a todo lo mejor.

Y la pobre pasaba mucha hambre. Se lo había demostrado con su apetencia de bocadillos.

Él aplacaría su hambre.

Se abrió la puerta del fondo y apareció Turkey.

—¿Satisfecho, Lear?

—No te puedes imaginar cuánto, Turkey.

—Apuesto a que, muy pronto, esa joven que estuvo aquí será la señora Cameron.

—Sí, Turkey.

—Yo no estaré para verlo.

—¿Qué quieres decir, Turkey?

—He pensado marcharme.

—No puedes marcharte —sonrió Cameron—. ¿Recuerdas? Estás en libertad condicional.

—Ya pensé en eso y se me ocurrió una cosa para arreglarlo.

—¿Cuál es el arreglo, Turkey?

—Dirás que me fugué, y como eres un tipo poderoso se admitirá tu palabra.

—Eres un muchacho con muy buenas ideas.

—Te falta saber la mejor de todas, Lear.

—¿Cuál es, Turkey?

—Me vas a dar cinco mil dólares.

—Caramba, picas alto, Turkey.

—Me los darás porque te conviene.

—Oh, sí, ya recuerdo; tú estás enterado de lo referente a la caravana, que liquidé a veinticinco personas.

—Y que el bosque de abetos es tu cementerio particular.

—Si se supiese yo sería un hombre perdido… Todos mis sueños se vendrían abajo. Perdería mis tierras, perdería a Annie Foster…

—Perderías algo más valioso. La vida.

—Oh, sí, desde luego, Turkey. Sería un hombre acabado… Claro, tú tomaste las precauciones, escribiste esa carta al juez Sullivan…

—Es mejor que demos por finalizada la conversación, Lear. Quiero los cinco mil dólares. Dámelos ahora mismo.

—¿Y adónde irás, Turkey?

—Al Oregón.

—Es un lugar lejano.

—Así podrás estar tranquilo, Lear.

—Lo celebro.

—Pero no vas a salir por tu propio pie.

En la estancia se hizo un silencio espeso.

Los dos hombres se miraban a los ojos.

De pronto, Turkey se echó a reír.

—Me estás gastando una broma. Recuerda, no puedes matarme, la carta del juez Sullivan…

Cameron metió la mano en el bolsillo y sacó una carta. Leyó en voz alta el nombre del destinatario. «Juez Sullivan. Calle Mayor, 18, Elsonville».

—¿Qué es eso, Lear?

Cameron volvió la carta hacia su interlocutor.

—¿No reconoces tu propia letra, Turkey?

La cara del técnico relojero se puso pálida como la de un muerto.

—Es una falsificación —dijo.

—¿Sí?

—Esa letra no es mía.

—Es tuya, Turkey. Ésta es la carta que escribiste al juez Sullivan.

La nuez bailó en la garganta de Turkey.

—No es posible que la puedas tener tú, Cameron.

—La tengo. Y si quieres saber cómo llegó a mi poder, te lo puedo explicar.

Turkey no dijo nada. Estaba con las fauces entreabiertas, mirando como hipnotizado la carta que Cameron sostenía con la mano derecha.

Cameron habló muy despacio, como si las palabras estuviesen cargadas de plomo.

—Encontré la carta en tu dormitorio, debajo del colchón. Cometiste una estupidez al no mandarla al juez, Turkey.

—Lear…

—Para ti soy el señor Cameron. Se acabó ya lo de Lear.

—Sí, señor Cameron… Verá, yo no pensaba llevar mi amenaza tan lejos… Lo de la carta al juez Sullivan sólo fue una treta, pero yo no pensaba denunciarlo… Sabía que usted sería comprensivo.

—Sí, Turkey, soy muy comprensivo… Tengo fama de serlo…

—Acabo de pensar en una cosa que es mejor para usted, Cameron.

—Eres un tipo grande pensando.

—Me marcharé y usted no tendrá necesidad de darme esos cinco mil dólares. Ya me las arreglaré como pueda.

—No puedo dejarte marchar, Turkey.

—Sé lo que quiere decir, pero le repito que no le pasará nada si dice que me fugué.

—Es lo que voy a decir, Turkey… Intentaste fugarte y mis hombres te pegaron un tiro.

—No, señor Cameron…

Cameron exhaló el aire por entre los dientes.

—Ya puedes fugarte, Turkey —dijo con voz gélida.

—Prefiero quedarme, señor Cameron.

—Da media vuelta y echa a correr.

—Señor Cameron, usted me necesita, soy el mejor técnico relojero. Recuerde su afición… Tiene muchos relojes, ¿quién se va a ocupar de ellos? Algunas veces se estropean… Para mí no tienen secretos.

—Voy a contar hasta tres, Turkey. Aprovecha tu oportunidad para echar a correr… ¿No querías ser libre? Ya lo eres… ¡Uno!

Turkey giró sobre sus talones y echó a correr hacia la puerta.

Cameron desenfundó como una centella, pero dejó que Turkey

tocase el tirador.

Entonces apretó el gatillo.

Turkey recibió el impacto en la espalda, y estrelló la cara contra la puerta.

Allí quedó quieto unos segundos y de pronto sus piernas se aflojaron y se derrumbó.

Cameron sopló el humo que salía del revólver y lo devolvió a la funda.

Se puso en pie y se acercó al cuerpo inmóvil de Turkey.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un empleado con el revólver en la mano.

—¿Qué pasó, patrón?

Cameron señaló a Turkey.

—Algo muy grave, Warren… A Turkey se le descompuso la maquinaria… De pronto su corazón dejó de hacer tictac, tictac, tictac…

—Eh, jefe —dijo Dan, el ayudante del *sheriff* de Cavern City, que estaba mirando la calle por la ventana—; ahí viene una representación de los chicos del saloon Violeta. Oí decir que le iban a hacer un regalo.

El *sheriff* sonrió complacido.

—Que pasen, Dan.

—Ahora mismo, jefe.

Dan Daniels abrió la puerta y en la oficina entraron una mujer y un hombre. Eran una girl, Colette la Chata, y Tommy, el dueño del saloon Violeta.

Colette tenía mucha picardía en los ojos, en la nariz, en los labios y en todo lo demás.

El *sheriff* los saludó con calor.

Colette traía consigo una caja envuelta con papel azul.

Tommy, un pelirrojo muy pecoso, carraspeó.

—*Sheriff*, es un honor para el saloon Violeta entregarle este regalo por sus nupcias con la viuda. Esperamos que la disfrute muchos años.

Colette rió.

—Ya veremos quién entierra a quién. Ella también se cargó a dos maridos, así que déjela estar.

El *sheriff* frunció el ceño. No le gustaba que le recordasen la doble viudez de su prometida.

—El doctor me vio hace una semana y me dijo que mi salud era la de un roble.

—*Sheriff* —repuso Colette—, una vez vi un roble fulminado por un rayo, y no se puede imaginar lo fuerte que estaba. Usted, con su profesión, en cualquier momento puede recibir un tirito.

—¡Colette! —exclamó el dueño del saloon Violeta con voz de reconvención.

—Oh, perdón. ¿Dije algo inconveniente?

—Anda, entrégale al *sheriff* el regalo.

La joven tosió suavemente.

—Admirado *sheriff*, éste es el regalo de los chicos y chicas del saloon Violeta.

El *sheriff* se dio mucha prisa en quitar el papel y abrió la caja. Sacó lo que había dentro y se quedó de muestra. Era una estatuilla de un hombre desnudo con una hoja de parra.

—¡Maldita sea! ¿Es esto una broma?

—No, *sheriff* —tosió Tommy.

—¿Alguna intención especial?

—No se embale, *sheriff*. Es Apolo.

—Peor todavía. Y me parece indecoroso que hagan la estatua de un forajido que ya pagó sus culpas. Siete asesinatos. Lo colgaron en Limmomville.

El pelirrojo sacudió la cabeza.

—Eh, jefe, que se equivoca… Éste no es Chucky Gilento, alias Apolo. Es el verdadero Apolo, un dios mitológico de la antigua Grecia. Se dice que fue el tipo más perfecto que ha existido en el mundo.

—Conque sí, el hombre más perfecto, ¿eh? Me lo regalan para mortificarme… Ustedes quieren que la viuda pruebe y compare…

—*Sheriff*, ¿es que no se da cuenta de que el arte es una cosa y lo otro es lo otro?

—No sea gruñón, jefe —intervino el ayudante Dan—. Después de todo, yo creo que tienen razón. Esto adornará mucho… Y yo creo que lo único que se debe hacer es asegurar bien la hoja de parra.

—¡Dan!

—Perdón, jefe… No he dicho nada.

El *sheriff* miró la estatuilla de frente, de perfil, por detrás. Finalmente la dejó sobre la mesa y sentenció:

—Sí, creo que hará bien como adorno.

Pero se prometió a sí mismo dejarla en el desván en cuanto llegase a casa. Demonios, en los últimos cinco años había echado tripa, y en sus piernas ya aparecían las varices, y en la cabeza le quedaba muy poco pelo, y en un plazo de tres meses tendría que sacarse cuatro dientes y…

Pero el doctor había dicho que estaba fuerte como un roble. Y eso era lo importante.

—Tommy, señorita Colette —dijo, con voz engolada—; su regalo me ha emocionado mucho… Ya sé que en estas cosas no se debe tener en cuenta el valor material, sino la cantidad de afección que hay encerrada en el objeto.

El ayudante Dan miró la estatuilla de Apolo, como si tratase de medir la cantidad de afección que hubiese en la estatuilla de bronce.

—Usted se lo merece todo, *sheriff* —dijo Tommy.

Colette, que manejaba un abanico, pegó con éste coquetamente en la mejilla del *sheriff*.

—Espero que, aunque se case, me haga una visita que otra, *sheriff*.

El *sheriff* coloreó las mejillas.

—Oh, sí, desde luego, yo no puedo olvidar a los buenos amigos…

—Y otras cosas, ¿eh, jefe? —Remachó Colette, con su picardía.

Tommy atrapó a su compañera por el brazo y la empujó hacia la puerta.

—Vamos ya, Colette, o el *sheriff* sufrirá un colapso.

Cuando el *sheriff* y su ayudante hubieron quedado a solas, el primero dijo, mirando atentamente la estatua de Apolo:

—Qué cosas tiene el arte, ¿eh, jefe?

—Deja ya eso, Dan.

—A la orden, jefe.

Se abrió la puerta con un chasquido y miraron hacia allí. Por el resquicio apareció una cabeza, la del viejo Shelby.

—¿Se puede, jefe?

—¡Lárgate al infierno, abuelo!

—De allí vengo y te traje algo que me dio Satanás.

El *sheriff* abrió unos ojos como platos.

—¡No quiero saber nada! ¡Estoy en vísperas de mi boda, maldita sea! Prometí que Cavern City sería una balsa de aceite hasta que me marchase en viaje de luna de miel. Espera a que me case y le das el informe a mi ayudante.

Dan dio un respingo.

—Eh, jefe, no puede hacer eso.

—¿Por qué no?

—Según la ley, seré responsable de todo lo que ocurra en el pueblo cuando yo le sustituya, pero no mientras esté usted aquí.

—Te rebelas, ¿eh, Dan?

—Sólo me he permitido recordarle lo que dicen las ordenanzas.

—Sé perfectamente lo que dicen las ordenanzas. —El *sheriff* estaba realmente furioso—. Está bien, Shelby… ¡Entra!

—Con su permiso —dijo Shelby, y entró en la oficina.

En su mano derecha traía un saco que arrastró sobre el piso.

—¿Qué traes ahí? ¿Más sandías?

—Eso quisiera yo, jefe.

Shelby se agachó, cogió el saco por los fondillos y lo levantó bruscamente.

Dos huesos rodaron por el suelo.

—¡Maldita sea! ¿Qué es eso? —exclamó el *sheriff*.

—Huesos —contestó Dan—. Seguro que ahora Shelby se dedica a ir por ahí buscando huesos de reses… Dicen que se hace jabón con ellos. Ha montado una fábrica en Louisville. ¿Me equivoco, Shelby?

—Te equivocas, Dan. No son huesos de reses. Son huesos humanos.

El *sheriff* abrió la boca y por ella le escapó un gemido.

Shelby corrió hacia la mesa. Sabía dónde el *sheriff* guardaba el *whisky* y apostó a que habría sustituido el frasco que se le habían llevado. Acertó. Tomó el frasco y destapó el tapón. Hizo un gesto para alargarle la botella al *sheriff*, pero se arrepintió y bebió un trago.

—Ande, beba, *sheriff*, y verá cómo se siente mejor…

—Maldita sea, Shelby, no quiero tu *whisky*.

—No es mío, *sheriff*. Es suyo.

El *sheriff* le quitó la botella de un manotazo.

—Juro que te la estás ganando.

—Tranquilo, jefe. Estas cosas hay que resolverlas con paciencia.

El *sheriff* señaló los huesos que estaban en el suelo.

—¿Cómo sabes que son huesos humanos?

—¿Recuerda que hace unos años fui ayudante del doctor Ferguson?

—Sí, y también recuerdo que fue una calamidad para el pueblo que eso ocurriese… Cada vez que el doctor Ferguson te daba una receta para hacer una medicina, te equivocabas… Infiernos, estuviste a punto de provocar una epidemia de fiebres. Menos mal que el doctor lo pudo arreglar.

—Verá, *sheriff*, cuando estuve con el doctor Ferguson, me aficioné al esqueleto que tenía en su gabinete. Mientras bebía el *whisky* del doctor, me preguntaba quién habría sido aquel tipo.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando ahora?

—Jefe, de tanto mirar el esqueleto del doctor Ferguson aprendí a conocer los huesos y le puedo asegurar que los que tiene ahí abajo son una tibia y un fémur.

—¿Eh?

—La tibia es el hueso principal y anterior de la pierna, y el fémur es el hueso del muslo.

—Muy bien, estos huesos son eso que tú dices. ¿Y qué pasa? Los encontraste en algún sitio. Un perro los sacó del cementerio. No es la primera vez que ocurre. ¿En qué callejón los hallaste?

—No fue en un callejón, *sheriff*.

—¿Dónde?

—¿No lo acierta?

El *sheriff* cerró los ojos.

—En el bosque de abetos del señor Cameron —dijo, con voz lúgubre.

—Bravo, *sheriff*, se ganó un trago —pero fue Shelby quién se lo atizó aprovechando que el *sheriff* se había quedado de muestra.

—Eh, Shelby —dijo el ayudante—. Yo también necesito reconfortarme un poco.

Shelby le pasó el frasco y Dan se reconfortó casi media botella.

El *sheriff* volvió a la realidad.

—¡Condenación, denme ese frasco! ¡Y tú, Shelby, atrapa esos huesos y lárgate con ellos!

—¿Adonde, *sheriff*?

—Déjalos donde los encontraste… ¡Maldita sea! ¡Esas cosas no se tocan!

—Oiga, usted es una autoridad, tiene que investigar sobre los huesos.

—¿Me río ahora o lo dejo para después de la boda?

—Ríase cuando quiera, *sheriff*, pero…

—¡Silencio! Está hablando el *sheriff*. Y tengo una explicación para los huesos.

—¿Cuál, jefe?

—Por este lugar ha pasado mucha gente a través de los años. Esos huesos pertenecen indudablemente a uno de los emigrantes… Sabe Dios qué antigüedad tienen. Pueden ser cien años, ciento cincuenta…

—Seis meses —dijo Shelby.

—¿Qué tontería es ésa?

—Jefe, ya le he dicho que aprendí mucho del cuerpo humano mientras estuve con el doctor Ferguson, y le garantizo que la tibia y el fémur pertenecen a una persona que fue enterrada hace seis meses.

—No eres médico.

—No, señor, no lo soy.

—Entonces no puedes juzgar. Además, estás borracho y lo peor es que te has mareado con mi *whisky*, condenación… ¡Ya estás saliendo de la oficina, Shelby, rápido! ¡Pero llévate tu regalo!

El abuelo metió los huesos en el saco, se echó éste a la espalda y salió con paso cansino de la estancia.

Wooker sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la cara.

—Demonios, ¿por qué me han de ocurrir a mí estas cosas cuando estoy a punto de casarme?

—La vida, jefe, la vida…

Llamaron otra vez a la puerta.

—¡No quiero verte, Shelby! —gritó el *sheriff*.

Max

O’Rourke
se destacó en el hueco.

—¿Qué infiernos quiere,
O’Rourke?

—Acérquese, *sheriff*. Voy a enseñarle algo.

—No deseo ver nada que me pueda enseñar usted.

—Estoy seguro de que lo considerará interesante.

El *sheriff* echó a andar hacia el hueco de la oficina, ya que Max mantenía la puerta abierta.

El representante de la ley se detuvo al ver el cuadro al otro lado del porche: dos cuerpos humanos atravesados sobre sendas sillas.

—¡No! —gritó.

—Sí, jefe. Están muertos. Verá, le contaré cómo pasó…

El *sheriff* dio un chillido y, una vez más, se fue corriendo al lavabo.

CAPÍTULO X

Lola Champion vio abrirse la puerta del apartamento.

Esperaba que fuera Max O’Rourke y el corazón le dio un brinco. Aquel grandullón se le estaba metiendo en la sangre. Conque tendría que morir pronto o acabaría esclava de él. Lola era demasiado independiente para que un hombre la metiera en el bote y la dominara a su antojo, Y aquel bastardo de Max tenía algo que la estaba volviendo loca.

Ya no sabía si quería que muriese o no.

Casi respiró al ver que, en vez de Max, el visitante era Harold, quien también sabía el truco de la llave debajo del ladrillo suelto del corredor.

El feo Harold torció las facciones y quedó más feo aún.

—¿Defraudada, pichón?

—Cáete muerto.

Harold se carcajeó por lo bajo.

—Te creías que era el «corderito», ¿eh?

—No —mintió Lola.

—¿No te lo vas a creer? Si estás tocando palmas como una foca contenta.

—Calla, bastardo cara de búho.

Harold celebró el apelativo con una risita.

—Cuando seas mía, quiero que te enfurezcas así. Te pones la mar de hermosa. Y yo soy un tipo retorcido que me gustan las chicas fieras.

—Primero pertenecería a un pulpo gigante que a ti —espetó Lola.

—¿Por qué no me das un besito, Lola?

—Porque he despachado un almuerzo de un dólar y lamentaría que me cayera mal.

—Demonios, eres chistosa. No sabes lo que me gustan las que replican con chistes. No me huyas.

—A veces replico con banquetas en la cáscara craneana de ciertos tipos pesados.

Harold encogió los hombros y desistió de abrazar a la rubia.

—Cuando el chico esté frío y tieso, ya te pillaré bien pillada, paloma.

—¿Va a morir ya? —Lola se llevó las manos al busto.

—Esta vez no se escapa.

Lola se humedeció los labios.

—Vas a matarlo tú, ¿eh?

—Ni hablar. Tengo a dos tipos que lo harán con filigrana y todo.

—Dos asesinos.

—Sí, Lolita mía.

—Eres un cobarde.

—¿Porque no le planto yo cara, nena? ¡Oh, no! Ese tipo sabe más de revólver que Jesse James, Billy el Niño y otros más. No, no lo haré yo, a menos que algo vaya mal. Pero no puede fallar, Lola. Es imposible porque hay algo de propina.

Lola tragó saliva.

—¿Qué es ello?

Harold rió sacando un papelito, que abrió, mostrando unos polvos que parecían bicarbonato.

—Le daremos esta magnesia en el *whisky*, Lola.

—¿Veneno?

—Sí, nena, es un veneno. Lo busqué con ganas y al fin lo encontré. Se trata de unos polvos que, disueltos en el *whisky*, producen un efecto estupendo. Lo dejan a uno tieso para el resto de los siglos. Y lo más bueno de todo es que el *whisky* sigue sabiendo igual. Me ofrecieron unas cuantas clases de veneno, pero todas resultaban inconvenientes. Este que tengo aquí es el que dejará el asunto liquidado. Max
O'Rourke,
R. I. P.

—Nunca encontré un sujeto más despreciable que tú, Harold.

—Lo mismo decía Carol, una rubia que tuve en Abilene. Pero cuando la metí en cintura y la domestiqué, me llamaba «dulce pajarito».

—Me das asco.

—Como decía le pelirroja Isabela. Y también maulló a cuatro patas cuando la puse en tratamiento.

—Puerco.

—Como decía…

Harold se interrumpió al escuchar un silbido.

Lola abrió los ojos, detonando angustia.

Harold guiñó un ojo.

—Ahí llega. Los chicos lo han visto por la ventana. Conque me hago humo. Ya te contaré mi vida a partir del día que me quitaron el chupete.

Destapó el frasco de *whisky*. Tiró un poco dentro de un florero para dejar lo justo y luego introdujo los polvos.

—Procura que beba, Lola.

—¿Y si yo le soltara toda la historia?

Harold suspiró.

—No harás eso, prenda. Pero si te volvieras loca y te diera por ahí, tendrías trabajo en una feria. Sin orejas, sin nariz y con el labio de arriba cortado al estilo conejo te ganarías la vida con un cartelón: «¡Vean a la mujer liebre por sólo un dólar, señoras y caballeros!».

Lola emitió un chillido, sobrecogida.

Harold rió entre dientes.

—¿Ves como no ocurrirá nada de aquello? Necesito tus orejas, tu naricita, tus labios…

—¡Hijo de perra!

Harold guiñó un ojo y se hizo humo por la puerta que daba al corredor.

Lola se mordisqueó la uña del índice. Pensaba en Max O'Rourke.

En un momento dado, dejó de pensar en él.

Lo vio.

Estaba enmarcado en la puerta.

Sonreía, los ojos entornados, con aquella ironía simpática.

—Bueno, Lola. Ya me dirás en qué soñabas que ni me has oído entrar.

Lola sonrió forzadamente.

—Pensaba en mi pobre padre.

Max sacudió la cabeza.

—Tu padre…

—Murió del tifus allá en Sonora, cuando la guerra. Era tan bueno… Le gustaba sentarse en el sofá al lado de mamá.

Max rió.

—Infiernos, sabes darle el sesgo apropiado a las cosas trágicas.

Lola se sentó en el sofá.

Max también tomó asiento.

Ella le puso la botella en las manos.

Max se llevó la botella a los labios.

Y de repente la separó.

Miró el contenido.

El corazón de Lola dio un frenazo en seco.

—¿Ocurre algo, Max?

—Eh, pequeña. Había cuatro dedos de más. Y tú no bebes mucho.

—Celoso. Ya te figuras que algún hombre ha estado antes que tú.

—Por lo menos no ha tenido el suficiente cuidado de dejar caer partículas de tabaco en esta mesa.

Lola se quedó afónica.

Recuperó el habla y la sonrisa con un esfuerzo sobrehumano.

—¿Tabaco? ¡Oh, sí! Lo desparramó Henybody al presentarme la cuenta del hotel. Le cayó del bolsillo.

—Pues ayer le ofrecí un puro y dijo que no fumaba.

—Porque está intentando dejar el vicio y no puede. Es un fanfarrón.

Max y Lola rieron.

Él empinó la botella y entonces Lola recitó una extraña oración comanche de tipo supersticioso. Servía para que uno viese cumplidos sus deseos.

Pero entonces Max bajó la botella y colocó el ojo en el cuello.

Lola creyó ahogarse.

—¿Qué miras, Max?

—Me ha parecido ver polvo dentro.

—Debe haber sido una ilusión óptica.

—¿Tú crees?

La joven puso los brazos en jarras y sonrió, diciendo con

sarcasmo:

—¿Quieres que te diga el secreto, guapo? Es un veneno muy poderoso que te puse por mirar a la pelirroja del 14 —le dio un beso en la boca, y con los labios pegados allí, dijo—: Agítalo antes de beber y muere.

—Bebe tú primero.

—¿Qué?

—Quiero que lo pruebes tú antes.

—Yo no tengo ganas, Max.

—¿Sabes una cosa, nena? Vas a beber quieras o no. Preferiría que lo hicieses por tu propia voluntad, o tendré que atraparte por tu lindo cuello.

La joven fue a apartarse, pero Max la tomó por la muñeca.

—No corras, preciosa.

—Suéltame, tengo prisa…

—¡Oh, sí! De pronto te has acordado que te dejaste el puchero en el fuego.

—Qué gracia, Max —rió ella, con muy pocas ganas—. Casi lo acertaste… Estaba haciendo café.

—Has hablado en serio antes cuando dijiste lo del veneno, cariño.

—¡Oh, no, Max!…

—Sí. Hiciste la comediante. «Agítalo antes de beberlo y muere». Fue lo que dijiste. Apuesto a que si bebiese esto, empezaría a pegar coletazos como una lagartija.

—No, Max. Yo te juro…

—Basta, Lola. Me has engañado.

—Estaba muy necesitada, Max. Pero yo te quiero, te quiero con locura —rodeó con sus brazos la cabeza de Max y lo besó.

Él la apartó suavemente.

—¿Quién te pagó por el trabajo?

—Cuando estuvieses muerto, Harold entraría aquí para comprobar que eras cadáver.

—Y entonces te debía pagar el importe…

—Me dio algo adelantado. El resto, al final.

—El final va a ser distinto.

—¡Oh, será mejor que huyas, Max! Harold debe estar al llegar.

—Muy bien. Lo voy a arreglar a mi manera.

—No te comprendo.

—Siéntate en la silla.

—¿Para qué?

—Yo también me sentaré. Vamos, aprisa.

La joven obedeció.

Max se acercó a un rincón y volcó la botella de *whisky*. Luego puso el frasco vacío en la mesa. Ocupó una silla, puso los brazos sobre el tablero e inclinó la cabeza.

—¿Te das cuenta, nena? Yo estoy muerto. Cuando llegue Harold, cuidado con hacerle una señal.

—No te traicionaré, Max.

—Eres adorable por serme tan fiel… Y ahora, se acabó la conversación.

Inclinó la cabeza sobre los brazos y se relajó. Puso la cara de forma que pudiese ver la puerta por el rabillo del ojo.

En la estancia se había hecho un silencio sólo interrumpido por la respiración un poco entrecortada de Lola.

Max vio cómo el tirador de la puerta giraba. Ya estaba allí el que pagaba, Harold, el asesino.

La puerta se abrió sin hacer ruido.

Max cerró el ojo para no ser sorprendido. Oyó uno: pasos. El tipo ya estaba dentro.

—Llegas a tiempo, Harold —dijo Lola.

—¿Sí, nena?

—Lo acabo de hacer… Ha muerto… ¡Oh, Harold, es horrible!

—¿Qué es horrible, preciosa?

—Que un hombre muera así. Max me dijo muchas veces que, cuando le llegase la hora, preferiría que le atrapase la vieja de la guadaña con un revólver en la mano.

—Oh, sí, es el lema de todos los
gun-men.
Han de morir con las botas puestas.

La joven se puso a sollozar.

—¡Oh, Max!… ¡Oh, Max!… ¡Cuánto te he querido!

Max estuvo a punto de soltar una carcajada. Aquella zorra servía tanto para hacer una comedia como él para cocinero.

—Nena, no te preocupes, aquí estoy yo para ocupar el lugar de tu difunto Max.

—Eres muy feo, Harold.
—Ya me encontrarás alguna gracia.
—Ni siquiera la tienen tus chistes.
—Te contaré uno muy bueno y cambiarás de opinión.
—Déjate de chistes ahora y paga el dinero que te comprometiste.
Max sonrió otra vez para sus adentros. Lola iba al grano. No perdía el tiempo. Quería su dinero, aunque no hubiese rematado el trabajo como Harold desease. Pero eso Harold tampoco lo sabía.
—Sí, nena —dijo el promotor de la confabulación—. Vas a tener tu plata y luego me vas a tener a mí…
—No, Harold. Jamás estaré contigo, y si no tienes a nadie, vuelve a casa de tu abuela, que estará esperando con los brazos abiertos a su nietecito.
Max no quiso llevar más lejos la comedia. Levantó la cabeza.
Harold se quedó con la boca abierta, convertido en un bloque de granito.
—No está muerto, Lola —logró decir.
—Agonizo —dijo Max, y puso los ojos en blanco.
Harold dio un chillido.
—¡Maldita sea! ¡Lo remataré! —Sacó el revólver.
De la mano derecha de Max brotó una llamarada.
Harold recibió el impacto en el pecho y perdió el revólver al chocar contra la pared.
Max se levantó entonces y avanzó sobre su víctima, que estaba resbalando sobre el muro.
—Harold, ¿quién te pagó?
—¡Maldito…! No lo sé… Y usted tampoco lo sabrá —desvió los ojos hacia Lola—. ¡Hija de perra!… Me engañaste…
Harold se desplomó en el suelo y quedó exánime, muerto.
—Oh, Max, qué contenta estoy de que sigas vivo.
Él le atrapó la barbilla y dio un tirón, levantándole la cara. En sus ojos brillaba la cólera mientras decía:
—Lola, no te mato porque eres una mujer.
—Te quiero, Max… Te adoro…
—Cuéntaselo a un funerario. Son tipos muy necesitados de amor y de cariño.
—Max, ya te lo dije antes… Me encontraba en una necesidad.
—Hasta nunca, Lola.

—¡Oh, Max, no te vayas!…

—Me voy para siempre, Lola, de modo que no me busques, y por si te sirve de algo, sería mejor que no volvieses a aceptar cierta clase de ofertas. Son trabajos peligrosos que sólo conducen al infierno.

—Max, ¿me dejas con un muerto? ¿Qué explicación le voy a dar al *sheriff*?…

—La que tú quieras, nena. Tienes mucha imaginación —contestó Max, y salió de la estancia.

CAPÍTULO XI

—Sí, hija, me caso otra vez —dijo Wiola Kholer a Annie.

—Desde luego eres una atrevida. Creí que habías perdido las ganas de matrimonio después de enterrar a dos maridos.

—Por eso mismo. Me aficioné tanto que no puedo pasar sin un esposo.

—Eh, Wiola, ¿acaso no estás enamorada del *sheriff*?

—Bueno, el *sheriff* Barry Wooker no es precisamente el hombre de mis sueños, pero tiene «un no sé qué» que me atrae.

La joven dio un suspiro. También ella había encontrado un hombre que tenía «un no sé qué», Max
O'Rourke.

Quizá Wiola, que era una mujer con experiencia, podría contestar a alguna de sus preguntas.

—¿Qué es el amor, Wiola?

—La combinación perfecta de un hombre y una mujer.

—Pero a veces no se da la combinación, puede amar el hombre y no la mujer, o viceversa.

—Perdona, Annie, pero yo no he tenido complicaciones de ese género. Cuando he puesto el ojo en un hombre, ha sido porque me he dado cuenta de que yo no le resultaba indiferente. Es una seguridad que debe una tomar. Debes tener en cuenta que las mujeres podemos ser fácilmente burladas. Somos tan sentimentales… Por algo nos llaman el sexo débil.

Los ojos de la joven brillaron coléricos.

—No quiero pertenecer al sexo débil.

—Me temo que ya es demasiado tarde para pasarte al otro bando.

—No quería decir eso, Wiola. Me refiero a que jamás permitiré que un hombre me domine.

—Es lo que dices ahora, pero cuando tu hombre se te ponga

delante, le pasarás por alto hasta que te ponga el pie en el cuello.

Annie dio un respingo.

—Oh, no digas eso. Max sería incapaz de… —Se interrumpió de pronto.

Wiola, una mujer de cuarenta años, bonita y hermosa, sonrió.

—Con que se llama Max… —Hizo chascar los dedos—. Ya lo tengo: Max O'Rourke, el gun-man.

—¡Oh no…!

—No te avergüences, es un real mozo… Cielos, cuando lo vi, me dije que lo preferiría a las tostadas con mantequilla.

—No seas vulgar, Wiola —y tocada en su amor propio, agregó —: Admito que ese Max es un hombre interesante, pero debo decirte que no siento nada por él. Bueno, un poco de curiosidad.

—Así se empieza, sintiendo curiosidad, y no sabes cómo puede terminar una…

En aquel momento llamaron a la puerta.

Apareció un criado.

—Señora Kholer, hay un caballero que pregunta por la señorita Foster.

—¿Quién es? —preguntó Wiola.

—Max O'Rourke.

La joven dio un gritito.

—Dígale que no estoy.

—No le dé ninguna respuesta —repuso Wiola—. Yo misma hablaré con ese caballero.

El criado hizo una reverencia y salió del gabinete.

Wiola se enfrentó con su huésped.

—Conque era curiosidad, ¿eh?

—Te lo acabo de demostrar. No quiero verlo.

—Me acabas de demostrar todo lo contrario. Si ese hombre no te importase, no habrías reaccionado de esa forma, lanzando un grito. Y por otra parte, está la forma en que brillan tus ojos.

—¡Qué tontería…!

—Ni siquiera has preguntado lo que quiere Max

O'Rourke…
¿Y si ha venido para traerte algún mensaje?
—Te falta conocer algo de Max
O'Rourke
y de mí, Wiola.
A continuación, la joven contó la historia respecto a los dos salteadores que le habían salido al encuentro en su viaje a Cavern City. Pero se calló lo más importante: los besos.
—Te lo tenías muy callado —dijo Wiola—. Bueno, Annie, ya sé por qué viene aquí. Seguramente perdiste algo durante la refriega y viene a devolvértelo.
—¿Tú piensas que sólo viene a eso?
—Saldremos de dudas enseguida. Le diré que entre.
—Con la condición de que te quedes conmigo.
—Muy bien.
Wiola abrió la puerta y se dirigió a Max, que estaba esperando en el vestíbulo.
—Adelante, señor
O'Rourke.
Max entró en el gabinete, estrechando la mano que Wiola le alargaba.
—Celebro conocerla, señora Kholer, y quiero aprovechar la oportunidad para darle mi enhorabuena por su próxima boda.
—Es usted muy amable —repuso Wiola, hecha mieles—. Aquí tiene a la señorita Foster.
—¿Cómo está, Annie?
—Perfectamente. ¿Y usted?
—La mar de bien.
Wiola carraspeó.
—Me marcho antes de que se pongan a hablar del tiempo.
Annie fue a protestar, pero Wiola le dirigió una sonrisa y salió rápidamente de la estancia.
Hubo un silencio entre los dos jóvenes.
—¿Vino a traerme algo, señor
O'Rourke?
—¿Cómo?
—Creo que perdí mi pañuelo, señor
O'Rourke.

—Lo siento, pero yo no lo encontré.

—¿Qué encontró entonces?

—Nada.

—Pero habrá venido aquí con alguna excusa…

—No, sólo he venido por un motivo.

—¿Cuál es, señor O'Rourke?

—¿Quiere usted casarse conmigo, Annie?

La joven abrió la boca, pero se quedó inmóvil sin poder pronunciar palabra alguna.

Max avanzó sobre ella, la rodeó por la cintura y la besó en los labios. Luego dijo:

—Sabía que me contestarías afirmativamente. Tendremos siete hijos, una casa y tres vacas.

—Los siete hijos los tendrá su tía… Me dije a mí misma que, cuando me casase, sólo tendría dos.

—En este estado dan un premio al que tenga más de cuatro.

—¿Qué premio?

—Un dólar al mes por cada hijo más.

—Eso ya es cuestión de pensarlo.

La joven se apartó de él.

—¿Qué estoy diciendo?

—Que vamos a tener siete hijos.

—¡Ni uno solo!

—Los que no tienen hijos han de pagar más impuestos.

—Quiero decir que no me casaré con usted… Y si quiere vacas, cómprese un toro.

—Eh, un momento; usted se comprometió.

—¿A qué me comprometí?

—A casarse conmigo. Lo dijo hace un momento.

—Yo no dije nada.

—Es usted una mujer muy voluble, todo superficie. Su fachada es muy atractiva, pero ¡qué poco corazón!

—No continúe o se me saltarán las lágrimas, señor O'Rourke. Me está contando un mal folletín.

—Dígame, Annie, ¿qué tiene contra mí para no aceptarme como marido?

—Muchas cosas.

—Enumérelas.

—Pues… Pues… Que es usted un pistolero.

—¡Oh, no! No soy ningún pistolero; sólo un hombre hábil con el revólver.

—Pero se gana la vida matando.

—Sólo mato por necesidad.

—¡Oh, sí! Usted necesita matar a tres o cuatro por día, o de lo contrario no pilla a gusto la cama.

—¿Quién le ha contado ese cuento?

—He oído a unos y otros.

—Pues no debe hacer eso. Si tiene alguna pregunta que hacer, hágamela a mí y yo le sabré responder.

—Muy bien, señor O'Rourke. ¿Cree que no me he enterado al llegar a Cavern City?

—¿De qué?

—De sus mujeres.

—Que yo sepa, nunca me casé, y miente el que le haya dicho lo contrario.

—No me refiero a ninguna esposa, señor O'Rourke, sino a las girls, a esa clase de chicas.

—¡Oh, sí, comprendo! —asintió Max, rascándose por detrás de una oreja—. Pero supongo que eso no lo va a tener en cuenta… Un hombre ha de divertirse de vez en cuando.

—Tiene usted una forma de divertirse que no me gusta nada, señor O'Rourke.

—Quiero recordarle una cosa, Annie. Si he tenido que ver con muchas mujeres, sólo significa una cosa: que nunca encontré la que me tenía que satisfacer plenamente.

—¿Y soy yo esa mujer?

—No lo he puesto en duda ni un instante, y por ello he venido aquí.

—No puedo decidir tan fácilmente.

—¿Qué le falta para tomar esa decisión?

—Cuando una mujer ha de casarse, debe adoptar toda clase de

precauciones. Por ejemplo, señor O’Rourke, ¿con qué cuenta usted?

—¿Se refiere a dinero?

—A dinero, a bienes e inmuebles.

—Tengo un caballo, una silla y unos cuantos dólares.

—¿Cuántos dólares?

—Cien, puede que un poco más…

—¿Sólo eso?

—Bueno, un amigo me quedó debiendo mil dólares pero tengo la impresión de que nunca los cobraré.

—En definitiva, es usted un hombre muy pobre.

Max se miró la punta de las botas.

—Lo soy.

—Debe saber de mí rápidamente una cosa, señor O’Rourke.

—Si se refiere a que ronca, no se preocupe. Le quitaré la costumbre con unos palmetazos. Con todas salió bien.

—Yo no ronco, señor O’Rourke, al menos eso creo yo… Lo que quiero decirle es que estoy completamente arruinada.

—Eso es formidable.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Por qué lo considera formidable? Sólo tengo deudas, señor O’Rourke.

—Estaba lamentando que usted pensase que yo iba por su dinero.

—En resumen, señor O’Rourke, los dos estamos en el mundo con los bolsillos vacíos. ¿Cree que realmente nos debemos casar? ¿No sería mejor que usted pidiese la mano de una rica heredera y yo la de un hacendado? De esa forma yo tendría los dos hijos que quiero y usted los siete y las tres vacas que necesita.

—¿Y el amor, señorita Foster? ¿Qué me dice del amor?

—¡Oh, sí, es cierto!… Sería terrible, ¿verdad?

—Mucho.

Los dos jóvenes fueron al encuentro.

Se besaron cuando se oyó un ruido a la ventana.

Max se apartó de la muchacha llevando la mano a la funda.

El viejo Shelby estaba en el hueco.

—¡Eh, Shelby! ¿Qué haces ahí? —dijo Max.

—Te vi entrar en la casa y me llegué para traerte algo y que le eches un vistazo, Max.

Shelby trepó al alféizar como un gato y se dejó caer en la habitación.

Lo mismo que había hecho en la oficina del *sheriff*, volcó el contenido del saco en el piso.

—Ahí lo tienes, Max. Huesos humanos. Los encontró en el mismo lugar del cráneo, en el bosque de abetos del señor Cameron.

La joven frunció el ceño.

—Eh, abuelo, ¿es usted enterrador?

—Eso es lo que yo quisiera, pero sólo hago que desenterrar.

Max observó los huesos y luego preguntó:

—¿Se los enseñaste al *sheriff*?

—Desde luego, pero no quiso saber nada de ellos. Me arrojó de su oficina como si hubiese algo malo.

—Gracias por haber venido, Shelby. Me has hecho un gran favor.

—¿Cuál es el significado de todo esto?

—He pensado en una teoría.

—¿Qué teoría?

—Por alguna razón, Cameron liquidó a la caravana que organizó mi amigo Stanley.

—Demonios, debían ser un buen montón de personas.

—Allí deben estar todos enterrados, en el bosque de abetos.

Shelby hizo un gesto de estupor.

—¿Quiere decir que todo aquel terreno está lleno de huesos?

—Es lo que me extraña, que Cameron no tomase precauciones. Ha bastado que te dejases caer por allí para que sacases huesos.

—Eh, Max, ahora recuerdo una cosa.

—¿Qué cosa?

—La hendidura. En la montaña donde están los abetos había una enorme grieta y ya no está. Un día se vino abajo todo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Más o menos, hace unos seis meses.

—Justo el tiempo en que debió pasar la caravana por aquí.

El abuelo señaló los huesos.

—Y justo el tiempo que han permanecido enterrados el fémur y la tibia.

Annie intervino.

—Creo que ustedes están hablando de algo horroroso.

—Sí, Annie, lo es. A veces se cuelga a alguien porque ha matado a un hombre, pero es difícil encontrar un tipo que haya matado a veinticinco de una vez.

—¿Lear Cameron?

—No puede ser otro.

—Cuéntame eso. Sé muy poco y no me gusta jugar a los acertijos.

Max le contó la historia de Stanley y la forma en que su amigo el rubio se habría convertido en humo cuando la caravana llegó a las inmediaciones de Cavern City.

—Es asombroso —dijo la joven, cuando hubo terminado—. Una caravana que se pierde sin dejar rastro.

—Ahora ya tenemos algo —dijo Max, señalando lo que Shelby había traído en el saco.

—Pero eso no es una prueba definitiva —dijo Annie.

—No, no lo es. Tengo que pensar en algo. —El joven paseó por la estancia y de pronto se detuvo haciendo chascar los dedos—. ¡Ya lo tengo, y que me emplumen si esta vez no logro hacérselo pagar a Lear Cameron!

Cameron miró con ojos despiadados al hombre que tenía al otro lado de la mesa.

—De modo que Harold falló de nuevo, ¿eh, Peter?

—Eso no fue lo peor. Hay algo más importante.

—¿Qué cosa, Peter?

—El viejo Shelby desenterró dos huesos más.

Cameron se puso en pie de un salto.

—¿Cómo lo consentiste, Peter? Os dije que si ese viejo asomaba la cabeza por el bosque de abetos, le dieseis el pasaporte.

—No fue culpa mía, señor Cameron. Yo estaba en la ciudad y Grenny Adams al cuidado del bosque.

—¿Está ahí Grenny?

—Sí, ha venido conmigo.

—Que pase.

Peter abrió la puerta e hizo una señal con la cabeza hacia fuera.

Se oyeron pasos y entró en la estancia un hombre de cabello rubio y ojos verdosos.

—Hola, Grenny —dijo Cameron.

—¿Se lo ha explicado ya Peter?

—Sí, me lo ha explicado.

—No comprendo cómo pudo ocurrir. Ese viejo del demonio nos hizo otra de las suyas, pero debe tener en cuenta que el bosque es demasiado grande para vigilarlo.

—Yo siempre tengo en cuenta todo, Grenny —dijo Cameron.

Sacó el revólver en una fracción de segundo.

—¡No! —gritó Grenny, al tiempo que en la habitación se producían tres estampidos.

El único «Colt» que ladraba era esgrimido por Cameron.

Grenny recibió la carga en el pecho y el estómago, y se desplomó como un fardo. De sus ropas brotó una ola de polvo.

Peter sacudió la cabeza.

—Bien hecho, jefe. Le tenía ganas a Grenny. Nunca supo cumplir.

Cameron lo miró con una sonrisa glacial.

—Peter, ¿sabes que estás a punto de acompañar a Grenny en el gran viaje?

—No diga eso, patrón.

—Estás cometiendo demasiados fallos desde hace unos días y eso no me gusta nada.

—No se ha perdido gran cosa, patrón. Todo se puede arreglar menos la muerte.

—Deberías aplicarte ese proverbio.

—Ya me lo aplico y por eso le digo que todo volverá a ser como antes.

—Ordené que me borrasen del mapa a Max O'Rourke, y, ¿qué es lo que me dices?… Que sigue viviendo. Ordené que el viejo Shelby no volviese a entrar en el bosque, y entró… ¿Qué clase de empleados tengo a mi disposición? ¿Es que de pronto todos os habéis vuelto idiotas?

Peter se apretó el puente de la nariz.

—No se preocupe, señor Cameron. Lo dejaré arreglado hoy mismo.

—Te daré una nueva oportunidad, Peter, pero mucho cuidado con un nuevo fallo porque entonces te ocurrirá una cosa muy fea.

De pronto, sonó un chasquido en la ventana.

Uno de los cristales se rompió y algo rodó por la estancia.

Cameron no había enfundado el revólver y corrió hacia la ventana, pero no había nadie fuera.

Peter se agachó, cogiendo el objeto que había tirado una piedra envuelta en papel.

—Eh, oiga, es un mensaje para usted.

—Tráelo —dijo Cameron, y le arrebató de un manotazo el mensaje para que Peter no lo leyese.

La carta decía así:

> «Usted liquidó a los componentes de la caravana que comandaba Stanley Fargget. Usted enterró a carromatos, animales y personal en la hendidura de su bosque de abetos. Usted cometió un genocidio. Podría denunciarlo a las autoridades, y lo colgarían inmediatamente; pero he pensado que quizá sea posible un acuerdo entre nosotros. ¿Quién soy yo? Es muy sencillo. Soy Stanley Fargget. Me libré de la muerte que me había destinado, señor Cameron. Cuando se produjo la explosión, salté del carromato. Resulté herido, pero logré arrastrarme y escapé de allí. Durante estos meses he permanecido en una cabaña de esta comarca curándome. Ahora ya estoy bien, aunque mi cara ha quedado un poco deformada. Tendrá que pagar una cantidad muy alta, pero estoy seguro de que usted será comprensivo porque me deberá seguir viviendo. De eso y otras cosas hablaremos usted y yo esta noche a las doce en la cabaña abandonada que hay al final de la calle Lincoln. Vaya solo, será mejor. Y también es conveniente que vaya desarmado. Juegue limpio, señor Cameron, o será usted el que pierda. Suyo afectísimo,
>
> »Stanley Fargget».

Cameron arrugó el papel, convirtiéndolo en una pelota.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Peter.

Cameron hizo una mueca infrahumana, proyectando el maxilar inferior hacia adelante.

—Poca cosa, Peter. Esta noche voy a terminar un negocio que comencé hace unos seis meses… Juro que será esta noche.

CAPÍTULO XII

—Eh, jefe, ¿dónde va tan guapo? —dijo el ayudante Dan.

El *sheriff* había tomado un baño y olía a jabón. Se había puesto su traje nuevo, el que estrenó cuatro años antes con motivo de la fiesta de la Independencia.

—¿Estoy bien, Dan?

—Parece un galán de teatro.

—Espero que Wiola opine lo mismo.

Shelby entró en la oficina.

—Eh, *sheriff*, ¿va a algún entierro?

Wooker se encogió como un erizo.

—No, estúpido, no voy a un entierro, sino a visitar a mi novia — le miró las manos para cerciorarse de que no las tenía ocupadas con ninguna cesta o saco.

—*Sheriff*, vengo a hacer una denuncia.

—Guárdala para mañana.

—No, *sheriff*. Ha de ser ahora.

—Muy bien. ¿Qué vienes a denunciar?

—Que en la casa abandonada de la calle Lincoln hay fantasmas.

Wooker se quedó con la boca abierta.

—Shelby, ¿cuánto has bebido ya?

—No probé el licor desde que pegué el último tiento a su frasco, *sheriff*. Ya sé que usted no me creerá, pero cuando pasaba hace un rato por la casa abandonada de la calle Lincoln, oí ruido.

—Algún vagabundo que se habrá metido allí.

—No es posible, *sheriff*.

—¿Por qué no es posible?

—Me acerqué a la casa, a una de las ventanas. Aunque usted no lo crea, oí una conversación entre dos hombres. Uno de ellos decía al otro: «Sí, muchacho, la caravana que busca Max

O'Rourke
acabó su viaje cerca de Cavern City».

—Tú has estado hablando con Max
O'Rourke.

—Oh, no, señor; no lo veo desde hace un buen rato. Le aseguro que es cierto, *sheriff*, oí las voces… ¿No sería mejor que usted se dejase caer por allí? Desde luego, yo lo acompañaré.

—No tengo tiempo para perder con los fantasmas. Prometí a Wiola que esta noche iría a echar una parrafada con ella. ¿Lo has oído, Shelby?

—Sólo lo decía por colaborar, señor Wooker.

—Nunca me ha gustado tu colaboración, Shelby.

—Está bien, *sheriff*, pero si esta noche pasan cosas en la casa abandonada de la calle Lincoln, no me lo eche luego en cara.

—¿Qué cosas van a pasar?

—Nada, es un decir. Pero si yo estuviese en su lugar, me daría una vuelta por allí alrededor de las doce.

—¿Por qué alrededor de las doce?

—Bueno, he oído decir que a esa hora es cuando los fantasmas se divierten en grande.

—¡Shelby, no me irrites!

—Sí, *sheriff*.

—¡Te he dicho que no creo en fantasmas y ya te estás marchando de aquí, si no quieres ir a parar a una celda!

—Ya me voy, jefe, no se enfade —se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, volvió la cabeza—. Recuérdelo, jefe, le avisé de que en aquella casa va a haber tomate.

—¡Fuera!

Cuando Shelby hubo desaparecido, el *sheriff* hizo rechinar los dientes.

—¡Maldito sea! Tengo que dar un escarmiento a Max
O'Rourke
por meterle en la cabeza esa historia de la caravana perdida… ¡Fantasmas!… ¡Puaf!

—Usted dirá lo que quiera, jefe —dijo Dan—, pero una vez en Basalaga, el pueblo de mi madre, salió un fantasma. Fue en casa de mi tía Edith, que era soltera. Lo vi yo con mis propios ojos. Estaba al lado de un árbol cuando de pronto, a las doce de la noche, vi

salir por una ventana…

—Ya dijiste bastante, Dan. Aquél no era un fantasma, sino un caradura.

El ayudante emitió un gruñido.

—De todas formas, ten los ojos abiertos mientras yo hago mi visita a mi prometida.

—Sí, jefe, descuide, tendré buen cuidado de todo.

—Hasta luego, muchacho.

—Que se divierta, jefe. Y cuidado con arrimarse demasiado a la viuda. Ya sabe que esas cosas se pagan.

—¡Vete al infierno!

Cuando el *sheriff* salió de la oficina, Dan se apresuró a sacar el frasco de *whisky*, se dirigió a una celda y se tendió cómodamente en el camastro.

Después de salir de la oficina del *sheriff*, Shelby se dirigió al saloon donde lo esperaba

O'Rourke.

Entró por un callejón y de pronto vio algo que se movía en la esquina.

—Alto, abuelo.

Identificó la voz enseguida. Era Peter Froy, uno de los empleados de Lear Cameron. Nunca le había gustado el fulano debido a sus pésimos antecedentes.

—Hola, Peter. Tomando el fresco, ¿eh?

—No, esperándote, abuelo.

—¿A mí?

—Sí, a ti, Shelby. Quiero hablar contigo.

—Lo siento, pero no puedo entretenerme en este momento. Tengo mucha prisa.

Peter alargó el brazo y atrapó a Shelby por el pescuezo.

—Quieto, abuelo.

—¡Eh, cuidado, que me estrangula!

—Es lo que pienso hacer contigo un poco más tarde.

—¿Por qué dice eso, señor Froy?

—Estuviste otra vez en el bosque de abetos que pertenece al señor Cameron.

—Sólo me llegué hasta allí para coger setas… Usted lo sabe, las

busco y las vendo… Por cierto que el otro día pensé llevarle a usted un cestito…

—De las envenenadas, ¿eh?

—¡Oh! No diga eso, señor Froy, usted cuenta con mi sincera amistad.

—Encontraste un par de huesos y se los llevaste al *sheriff*.

—Creí que era mi deber, señor Froy, pero el *sheriff* no le dio importancia… Menos mal que fue así, porque me habría buscado dificultades.

—Ya las has encontrado.

—¿Por qué dice eso, señor Froy?

—Porque ha llegado tu última hora.

—¡Oh, no diga eso!… Una zíngara me leyó el porvenir en la feria de san Jacinto y me dijo que viviría hasta los noventa y tres años… Soy un tipo de suerte.

—¿Cuánto te cobró la zíngara por hacerte el horóscopo?

—Medio dólar.

—Te engañó como un chino, abuelo, porque tu muerte va a ocurrir hoy.

—No me diga eso, señor Froy, que me castañetean los dientes.

Y para que Froy no tuviese duda de ello, Shelby se puso a dar diente contra diente.

—Eres un cobarde, abuelo.

—Lo soy… Sí, señor, lo soy… Soy el tipo más cobarde del mundo… ¿Verdad que no se debe matar nunca a un cobarde?…

—Te ibas a reunir con O’Rourke.

—¡Oh, no! Me dirigía al establo de Simón. Me dijo que fuese allí a dormir.

Peter Froy sacó el revólver con la zurda y puso el cañón en la frente de Shelby.

—Shelby, te haré otra vez la pregunta. ¿Dónde ibas?

—Al establo de… A reunirme con Max O’Rourke.

Shelby había rectificado sobre la marcha al ver que el dedo de Peter se arqueaba en el gatillo.

—Eso me gusta mucho más, abuelo. ¿Dónde está O’Rourke?

—En el saloon Violeta.

Peter dio un silbido.

Por el fondo del callejón se oyeron pasos y llegaron dos hombres.

—Llevad con vosotros a Shelby. Si intenta huir, lo dejáis seco. ¿De acuerdo, muchachos?

Los dos hombres asintieron con sendos gruñidos.

Shelby gimió por lo bajo, pensando en su cercana muerte y en la de Max O'Rourke.

Max O'Rourke bebía un vaso de *whisky* en el mostrador del saloon Violeta. De vez en cuando miraba a la puerta por ver si llegaba Shelby.

Ya había pasado el tiempo con exceso. Shelby ya debía haber regresado.

De pronto, oyó una voz a su espalda.

—¿Espera a alguien, muchacho?

Dos hombres, uno por cada lado, llegaron junto a él y casi lo emparedaron.

Max movió la mano para sacar el revólver, pero le aplicaron un cañón en el costado.

—No haga eso o lo defunciono, O'Rourke.

Max miró a la cara del hombre que lo amenazaba. Nunca lo había visto antes de ahora. Tenía una expresión de loco: los ojos saltones, la nariz ganchuda.

—¿Qué le pasa a usted, amigo?

—Como pasarme, me pasa que no me gusta su cara.

—La suya es mucho más fea, y si no, mírese en el espejo de enfrente.

—Es un truco muy malo. Yo miro al espejo y usted saca.

—No soy un suicida.

Max desvió los ojos hacia el hombre que tenía al otro lado. Su aspecto no era mejor que el que le hacía presión con su revólver. Tampoco lo conocía.

—¿Qué mosca les picó, amigos?

—Un pajarito nos sopló al oído que usted es un entrometido de

tomo y lomo.

—La verdad es que me gusta ir curioseando por el mundo.

—Es un feo defecto. No se debe mirar por el ojo de la cerradura ni escuchar conversaciones tras un biombo.

—¡Oh, sí! Donde menos se piensa, salta una muchacha que se está vistiendo…

—Usted es un tipo simpático, O'Rourke… Habíamos oído hablar de usted, de esa cualidad suya, y ahora comprendemos que no es ninguna leyenda.

—¿Qué les dijeron de mí?

—Que era un gun-man con simpatía para arrollar un tren, pero ahora resulta que el arrollado va a ser usted.

—¿Por un tren?

—Lo comprendió. Eso es lo que vamos a hacer. Lo sacaremos de aquí, vendrá con nosotros a la estación. Cuando estemos un poco lejos, lo pondremos en la vía bien arrolladito.

El que hablaba miró el reloj que estaba al otro lado de la pared.

—Faltan quince minutos para que pase el convoy que le va a hacer rodajas.

El otro sujeto quitó el revólver de la funda de Max. Todo lo estaban haciendo con mucha limpieza, sin que nadie se diese cuenta.

—Ahora, andando, muchacho —dijo Cara de Loco.

—¿Qué pasa si me quedo?

Max oyó cómo el otro amartillaba el revólver.

—Ya lo sé, no hace falta que siga. Les acompañaré a la vía del tren.

—Eso es lo que haría en su lugar.

Los tres hombres salieron del local y se encaminaron a la estación.

Max esperó una oportunidad, pero los dos fulanos eran profesionales y lo vigilaban bien.

Él caminaba delante y sus verdugos detrás, a un paso. No le habían hecho ninguna advertencia y eso querría decir que podía escapar y cargar con las consecuencias: un par de plomos en la

espalda.

No, no estaba loco, pero ¿qué ganaba con llegar hasta el matadero, la vía del tren?

—¿Puedo hacer una pregunta, muchachos?

—Hágala.

—¿Vieron a un viejo amigo mío, un tal Shelby?

—Sí. Él cayó en nuestras manos antes que usted.

Max se detuvo de pronto y los otros lo imitaron.

—Continúe andando.

—Esperen un momento. ¿Hicieron daño a Shelby?

—Todavía no.

—¿Dónde está?

—En cierta casa de la calle Lincoln.

—No le hagáis nada a él. Metí a Shelby en este negocio. Es un viejo incapaz de hacer daño a una hormiga.

—Hizo una buena defensa del abuelete, O'Rourke, y muy gustosos pasaremos al jefe su recomendación de clemencia. No podemos hacer más. Ahora continúe andando o le recetamos aquí mismo las píldoras.

Max dijo que ellos tenían razón. Nada podía hacer por él mismo ni por Shelby.

Continuó su camino precediendo a los asesinos.

Poco después llegaban a la estación. El andén estaba desierto, iluminado tan sólo por una lámpara.

—A la derecha, Max —ordenó Cara de Loco.

Max caminó hacia la derecha.

Pronto volvieron a ser tragados por la oscuridad, que tan sólo se interrumpía por el brillo de los carriles.

Cuando se hallaron a unos cien metros de la estación. Cara de Loco dijo:

—Párate, O'Rourke.

Max se detuvo.

—¿No dejaste por aquí los alambres, Kent?

—Sí, aquí están.

Kent se agachó y cogió unos alambres.

Max comprendió lo que iban a hacer. Le pondrían los alambres

alrededor de los tobillos y las manos.

—Tiéndete en la vía, Max.

—Eh, muchachos, esperad un momento. ¿Por qué se han de arreglar las cosas así? Todavía podemos llegar a un acuerdo.

—No, O'Rourke, nosotros recibimos un encargo. Nos dijeron que te diésemos esta clase de muerte y eso acaba todas las discusiones. Tiéndete sobre la vía poniendo la nuca en el carril de atrás.

—Sigo pensando…

—Tú no puedes pensar nada, O'Rourke. Tiéndete o disparo.

Max lanzó un suspiro.

—Está bien, muchachos… Allá voy.

Se tendió sobre la vía y poco después sintió el frío del acero en la nuca.

—Así está mucho mejor —rió Cara de Loco—. Anda, Kent, asegúrale las piernas y las manos.

Max se dijo que ésta era la ocasión. Cuando se acercase Kent le soltaría un puntapié en la cabeza. Pero Cara de Loco se puso en cuclillas, a un metro de él, y le apuntó a la cabeza.

—No intentes eso, Max —dijo como si leyese su pensamiento—. Yo también he puesto en práctica ese truco algunas veces: pegar con la bota al tipo que me tenía acorralado. Si lo haces, mancho con tus sesos la vía.

Kent actuó con rapidez. Aseguró los tobillos de Max y no se anduvo con rodeos, ya que su víctima sintió el alambre se clavaba en su carne. Luego le llegó el turno a las manos.

—Ya está listo, Young —dijo Kent.

A lo lejos se oyó el pitido del tren.

—No te eches a rodar, Max. Estaremos aquí. Si vemos que te mueves, te asamos.

Max soltó una maldición para sus adentros. Jamás había supuesto que él pudiese terminar así. Siempre admitió que una bala segase su vida. Era la muerte normal de un gun-man, pero se había encontrado con dos tipos sádicos, dos fulanos para

quienes liquidar a un semejante era el mayor placer del mundo.

El tren silbó por segunda vez.

Se pudo escuchar ahora el jadeo de la máquina.

Young Cara de Loco dejó escapar una risita entre dientes.

—No te preocupes,

O'Rourke.

Ésta es una muerte dulce.

—¡Maldito seas!

—Y muy rápida, además. A la primera pasada te convertirás en rodajas. Ni siquiera lo sentirás.

Los dos hombres se pusieron al otro lado de la vía.

Max volvió la cabeza. La máquina se acercaba rápidamente.

Pensó en la posibilidad de que el maquinista o el fogonero lo viesen. Pero ¿qué estupidez se le ocurría? Si el tren frenaba, Kent y su compañero lo asarían a tiros.

No había salvación para él.

Había llegado al final.

Veinte metros separaban la máquina del lugar donde se encontraba Max.

El joven sentía que el sudor le bañaba el cuerpo, un sudor frío que iba a ser su mortaja.

La máquina estaba ya a cinco metros.

Se le echó encima.

Entonces se dio impulso.

Giró hacia el lado contrario al que se encontraban los dos asesinos.

Por un momento sintió el aliento de una fiera que se disponía a devorarlo. El vapor caliente de la máquina le abrasó la espalda.

Un ruido ensordecedor le hirió los tímpanos.

La máquina pasó zumbando.

Rodó por la pendiente hasta llegar abajo y se detuvo.

El convoy aminoraba la velocidad porque se estaba acercando a la estación.

No había conseguido apenas nada porque al otro lado de la vía estaban los dos forajidos revólver en mano. Se habían dado cuenta de su maniobra, y aunque no le podrían dar alcance durante unos segundos porque tenían que esperar a que pasase el tren, luego tomarían venganza de la burla y lo coserían a tiros contra el suelo.

Se llevó las muñecas a la boca.

Valiéndose de los dientes, logró dar con uno de los extremos del alambre y se puso a desliarlo.

Mientras tanto, sus ojos estaban fijos en el convoy. Sólo faltaban por pasar tres vagones.

Sus manos quedaron libres del alambre, y luego se quitó el de los tobillos.

Se puso en pie y saltó al último vagón, que pasaba en aquel instante.

Sus dedos no se aferraron al pasamanos y soltó una imprecación para sus adentros pensando en que se pudiese hacer pedazos contra las piedras. Sería una estúpida muerte comparada con la que le esperaba en la vía o frente a los pistoleros.

Pero su mano logró asirse en la última fracción de segundo.

Sus pies chocaron contra el suelo, pero se dio impulso hacia arriba y logró apoyarse en el estribo.

Abrió la puerta corredera y se coló en el vagón.

Un hombre dormía sobre el piso, apoyada la cabeza en una silla de montar.

Max vio el brillo del revólver. Se acercó al durmiente y con sumo cuidado, para no despertarlo, le sacó el arma de la funda.

Entonces regresó a la puerta y se descolgó por el estribo.

Esta vez no llegó a caer porque el convoy había disminuido mucho su velocidad.

Regresó hacia la parte oscura, adonde estaban los forajidos.

Antes de llegar, oyó sus voces:

—Eh, Kent, no está.

—¡Maldita sea!… Es imposible… No puede haberse esfumado…

—Kent, mira, aquí está uno de los alambres que lo aseguraban.

—¿Qué seguro ni qué rábanos? Se escapó, infiernos.

Max los vio moviéndose como enloquecidos, mirando a un lado y otro.

—¿Me buscabais, muchachos? —dijo.

Los dos se revolvieron como centellas.

El revólver de Max escupió lenguas de fuego.

Los asesinos también dispararon, pero lo hicieron con muy mala puntería porque, se estaban muriendo. Los dos se estremecieron, cayendo al suelo.

Max se acercó a los tipos y pegó un puntapié a la mano de Kent porque todavía conservaba el arma.

—¿Quién es vuestro patrón?

—Peter Froy —contestó Kent, y soltó una bocanada de sangre.

Cara de Loco agrandó más los ojos y de pronto quedó inmóvil. Había recibido una bala en el esternón.

Max oyó voces procedentes de la estación, desde donde debían haber oído el tiroteo, pero él no tenía ahora tiempo para explicaciones.

Tenía una cita en la casa de la calle Lincoln y por encima de todo deseaba salvar al abuelo Shelby.

Poco después llegaba a su destino.

La casa de la calle Lincoln estaba envuelta en la oscuridad.

Saltó la verja del jardín y corrió entre la yerba, acercándose al porche. Allí se detuvo en cuclillas y escuchó.

Ningún ruido vino a turbar el silencio.

Saltó la baranda.

Los maderos estaban carcomidos y uno de ellos chirrió con sonoridad.

Quedó inmóvil otra vez.

Se levantó junto a la puerta y alargó la mano, poniéndola en el tirador. Hizo girar éste poco a poco y pegó un envión, a la puerta, abriéndola de par en par.

En el interior no se produjo ningún disparo. Daba la impresión de que en la casa no había nadie.

Saltó al interior.

Entonces se produjo un fogonazo frente a él.

La bala silbó por encima de su cabeza.

En el suelo, de bruces, se puso a disparar como un loco.

Brotaron otros fogonazos de un rincón.

Las balas aullaron y Max pensó que estaba en la ratonera.

Continuó disparando una y otra vez hasta que su percutor golpeó en vacío.

CAPÍTULO XIII

Todo empezó y acabó en un instante.

En la casa se había hecho un silencio mortal.

El *sheriff* Wooker llegó al porche jadeando.

En el último instante, cuando faltaban pocos minutos para las doce, había oído la voz de su conciencia.

Recordó las palabras del viejo Shelby de que, a aquella hora, en la casa abandonada de la calle Lincoln, los fantasmas lo pasarían en grande.

Y estaba a unos veinte metros de la casa cuando se produjo el gran tiroteo.

Ahora que todo había terminado, entró en la casa con el revólver en la mano.

—¿Queda alguien vivo? —preguntó, con voz vacilante.

—Yo, *sheriff*.

Wooker dio un respingo al ver a su lado a Max.

—¡Tenía que ser usted,
O'Rourke!
¿Qué diablos ha pasado aquí?

—Encienda un fósforo y tendremos una idea.

El *sheriff* encendió un fósforo. Entonces pudieron ver dos hombres en el suelo. El de la derecha era Lear Cameron; el de la izquierda, Peter Froy.

Froy estaba muerto, pero Cameron todavía vivía.

—Usted,
O'Rourke…
¿Por qué se metió en esto? ¡Maldito sea!…

—El rubio Fargget me debía mil dólares.

—Yo le habría dado más para que nadie supiese lo que hice con la caravana… Mucho más,

O'Rourke.

Después de decir eso, Lear murió.

Se oyó como un maullido y un cuerpo se arrastró por el corredor.

—¡Alto o disparo! —dijo el *sheriff*.

—Cuidado, jefe, es Shelby.

El abuelo se puso en pie, rascándose la cabeza.

—Demonios, qué chichón me hicieron…

Max sonrió dando un suspiro de alivio. Había logrado salvar a Shelby.

El *sheriff* Wooker y la viuda Kholer se estaban casando.

Max interpretaba una pieza al órgano.

De pronto sintió que unas manos se posaban sobre sus hombros.

Al volver la cabeza, una boca se unió a la suya.

Sintió los efluvios primaverales que emanaban de aquella mujer, Annie Foster.

—Querido, ¿cuándo nos casamos nosotros?

—He conseguido que me den el bosque de abetos. Es allí donde tendremos nuestra casa, pero el papeleo durará una semana. ¿Te parece bien que nos casemos entonces?

La joven agrandó los ojos.

—Max, ¿crees que podré resistir tanto tiempo? ¡De ninguna manera! ¡Nos casamos hoy!

—Me parece un poco precipitado. ¿Por qué no lo dejamos para mañana?

—¡Ni que hablar! Será hoy.

Max sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, nena.

Se volvieron a besar mientras Max seguía interpretando la pieza al órgano.

El viejo Shelby entró corriendo.

—Eh, muchacho, ya lo tengo preparado. Las chicas del saloon Violeta nos preparan la gran fiesta… Tú y yo somos los invitados de honor, Max.

Al entrar de la calle no se había dado cuenta de que Max estaba en compañía de Annie.

Se detuvo en seco mordiéndose el labio.

La joven terminó de besar a Max y se volvió diciendo:

—Esas chicas son muy serviciales, abuelo, pero tendrán que prescindir esta vez de Max O'Rourke… Usted irá solo a esa fiesta.

Shelby hizo una mueca, se rascó una oreja y echó a andar hacia la puerta mientras se preguntaba:

—¿Y qué hago yo con veinte chicas al mismo tiempo?…

FIN


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain